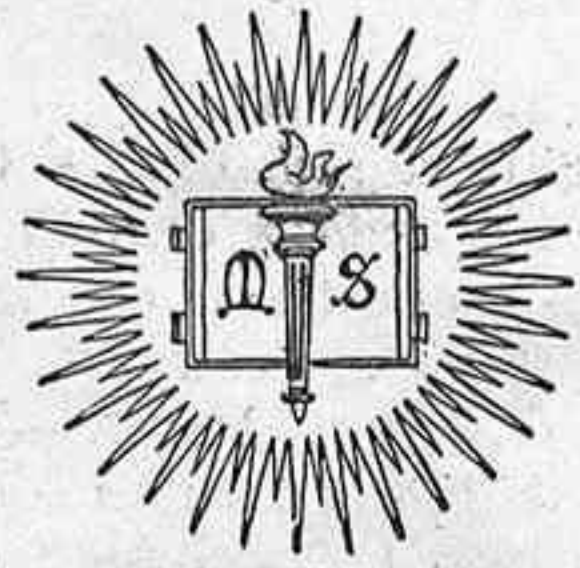


La Ilustración Artística



AÑO XXVIII

BARCELONA 20 DE SEPTIEMBRE DE 1909

NÚM. 1.447



Madonna, escultura en bronce del famoso escultor toscano Jacobo Tati, el Sansovino (1460-1529)
recientemente descubierta en la iglesia del Redentor, de Venecia

SUMARIO

Texto.— *Un girón de gloria. Episodio histórico peruano*, por la baronesa de Wilson. — *El ardid de Julio Heredia*, por José Francés. — *El descubrimiento del Polo Norte. El Dr. Cook y el capitán Peary*. — *Brescia. Gran concurso de aviación*. — *Barcelona. Fiestas esperantistas*. — *El aeroplano Olivert*. — *El archivo de Guibray*, novela ilustrada (continuación). — *La campaña de Melilla*. — Libros recibidos en esta redacción.

Grabados.— *Madonna*, escultura de Jacobo Tati, el Sansovino. — Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *El ardid de Julio Heredia*. — *Madre e hijo*. — *El período prehistórico*. — *La antigua Hamburgo*, estudio, y pinturas murales de Hugo Vogel. — *Vista parcial del salón de la Casa Consistorial de Hamburgo*. — *Llegada del Dr. Cook a Copenhague*. — *El buque «Roosevelt»*. — *El capitán Peary*. — *Rougier en biplano Voisin*. — *Las tribunas*. — *Los cobertizos de los aeroplanos*. — *Gabriel d'Annunzio*. — *El parque de los automóviles*. — *El teniente italiano Calderara*. — Dos láminas compuestas por dieciséis grabados que representan *El Egipto de la tradición y El Egipto modernizado*. — *Barcelona. Fiestas esperantistas*, cuatro reproducciones fotográficas. — *Valencia. El aeroplano Olivert ensayando en el campamento de Paterna*. — *La campaña de Melilla*, mapa de la provincia de Quebdana y cinco reproducciones fotográficas de tipos y escenas de la campaña. — Estudio para el cuadro *El período prehistórico*, de H. Vogel.

UN GIRÓN DE GLORIA

EPISODIO HISTÓRICO PERUANO

A raíz de los trascendentales sucesos de la independencia peruana, figuraba entre los patriotas más exaltados, más generosos, más temerarios y atrevidos en la legendaria epopeya, un soldado, que había empujado su carrera a los catorce años fugándose del colegio de San Carlos de Lima, por conceptuar inútil pretender el permiso de sus padres, quienes soñaban para el hijo querido futuros triunfos en el foro y la vida placentera del hogar.

Felipe Santiago de Salaverry había nacido para el combate, para la lucha en campo abierto, para la victoria, para el heroísmo; todas sus aptitudes, todos los galanós favores de la naturaleza en lo físico y en lo moral, acusaban en el joven limeño al caudillo, al hombre forjado en el molde de los héroes.

Con su espada, con su intrépida serenidad, adquirió rápidamente prestigio, renombre, grados y grados en el ejército, a la vez que el amor, la adoración de los soldados, que cautivados por la exuberante facilidad de su palabra, por la exaltación de sus ideas y por su elocuencia, no paraban mientes en el peligro y morían arrebatados de entusiasmo.

Aquella figura arrogante, aquella hermosa frente que desde la adolescencia se ciñó con laureles, el marcial aspecto del guerrero, su espíritu siempre activo y siempre iniciador, le prestaron una aureola semifantástica, auxiliar poderoso no pocas veces para que alcanzase triunfos inesperados en los momentos supremos del combate. Salaverry semejava a uno de los paladines de los tiempos remotos ó de la era medioeval.

A los veintiocho años era general, y por entonces su corazón dividíase entre dos amores: la patria y la bellísima mujer que había fijado su hasta entonces voluble condición, el mariposeo de su alma, sedienta de amor y de candentes emociones.

Salaverry amaba y era amado; amaba con la fogosa vehemencia de su carácter, y rendía culto apasionado a la gallarda peruana, que era ser de su ser y vida de su vida.

En aquella unión de dos corazones había abnegación completa por parte de la mujer amada y caballeresca lealtad por la del hombre entusiasta y heroico, que refundía en una sola su bélica patriótica aspiración y sus amantes ideales.

—¡Tiemblo por tu vida!, exclamaba la enamorada peruana cuando el valeroso y arrojado militar salía para recoger nuevos lauros en el campo de batalla.

—Si muero, tu nombre será mi postrer recuerdo, después de mi adiós a la patria, tu rival, contestaba.

Los triunfos y consolidación de la independencia fueron precursores de una era sombría y de amarga memoria para el Perú. Las luchas civiles, las ambiciones y la discordia, el choque de los partidos, tenían en continua alarma al país, y sangre de hermanos derramábase sobre aquella tierra generosa.

Con la impetuosidad de su carácter, alzóse en armas el general Salaverry para combatir al gobierno presidido por el bizarrísimo gran mariscal Luis Orbegozo, sucesor en el mando del mariscal Agustín Gamarra, el insigne patricio que tantos preclaros servicios había prestado a la causa de la independencia. Descontento por la marcha política de Orbegozo, se había Salaverry puesto de acuerdo con Gamarra, y ambos se lanzaron a la pelea enarbolando el estandarte revolucionario.

En breve quedó el esforzado limeño dueño único del campo del combate, porque Gamarra, reconciliado con el presidente de la República, habíase internado en Bolivia después de su derrota en Yanaco-

cha, al oponerse a la intervención del general Santa Cruz, presidente de Bolivia y hombre valeroso, resuelto y sobre todo ambicioso de gloria y de poder.

Tenia éste en sus venas sangre indígena, pues debió el ser a la Inca Huarina, que en las postrimerías del siglo XVIII vivía en el distrito colonial de Charcas, y esta mezcla prestábale a Santa Cruz la cautela y desconfianza propia en los indios, así como las intrepideces naturales en los españoles.

La hermosa tierra de los hijos del Sol estaba desgarrada por las facciones, y de ello quiso el general Santa Cruz formar el escalón que le diera el mando supremo de Bolivia y el Perú.

Luis José de Orbegozo, hostilizado por el general Salaverry, humillado por los gloriosos triunfos de su enemigo y temiendo le arrebatase el mando, hubo de solicitar la protección de Santa Cruz, cuando ya su arrogante contrario habíase proclamado presidente de la República.

No necesitó Santa Cruz largo tiempo para desarrollar el plan de confederación, comunicándolo a las Cámaras Bolivianas y disponiéndose inmediatamente a penetrar con su ejército por el Desaguadero.

Por entonces aún el mariscal Gamarra estaba unido con Salaverry y ambos se batieron, haciendo el último frente al ejército peruano, mientras que el primero intentaba derrotar a Santa Cruz.

Los campos de Yanacocha fueron el escenario donde midieron sus fuerzas los dos generales, ciñéndose Santa Cruz los laureles de la victoria, mientras que Gamarra, vencido y decepcionado, se internaba, como ya hemos dicho, en Bolivia. Desde entonces creyó Santa Cruz allanado el camino para la confederación Perú-Boliviana, dedicándose con todos sus bríos a la persecución de aquel que se atrevía a contrarrestar sus planes.

No era Salaverry un enemigo fácil de vencer, y su nombre adquirió proporciones gigantescas. Era activo como pocos, con prodigiosa perseverancia, y la fortuna se declaró compañera inseparable del caudillo, enamorada sin duda de su valor temerario y de la firmeza, que era su principal rasgo característico.

El descendiente de los incas arreciaba en su persecución, y por todas partes se proponía cerrar el paso a su enemigo; pero la pasmosa habilidad de éste hacía inútiles sus esfuerzos. Llegó Salaverry a ser la pesadilla de Santa Cruz, haciendo vacilar aquella poderosa voluntad que no había cedido nunca, ni en las alturas del Pichincha, ni en Junín, ni en las campañas del Alto Perú.

El encono de Santa Cruz crecía, aumentaba a medida que Salaverry prolongaba la lucha, encontrándose siempre vencedor del presidente boliviano. El noble limeño miraba como una deshonra la intervención, sublevándose sus generosos sentimientos ante la idea de que planta extranjera hollase el suelo patrio é intentara dominar el libre albedrío de los peruanos. Su acendrado civismo, su patriótico y apasionado amor por la libertad, no admitía término medio, jurando triunfar en la demanda ó morir abrazado a la bandera de su patria.

Ambas voluntades eran incontrastables; ambas tenían la firmeza del acero; no eran, no, de aquellas que se doblegasen a favor y por la fuerza de las circunstancias; semejaban a dos atletas, a dos titanes que buscasen el lado vulnerable de cada uno para herir con mano certera.

El generoso corazón de Felipe Santiago Salaverry no abrigó jamás la mezquina pasión del odio, contando con su arrojo, con su tenacidad y con la fe en su causa para salvar al Perú de lo que él creía un deshonra.

Abrigaba Salaverry las ideas caballerescas de la Edad Media, y como aquellos intrépidos paladines, tenía como divisa la adoración por su patria y el amor a su dama.

La gloria del caudillo, sus triunfos, sus peligros y los azares a que estaba expuesto en aquella persecución incesante y sin cuartel, repercutían en el modesto hogar de la mujer amada, haciéndola vivir en continua zozobra presintiendo un desenlace luctuoso, tristísimo, que cubriese con negros crespones su vida futura y la del niño Carlos Augusto, que aún no contaba seis años.

El llanto enrojecía los hermosos y cautivadores ojos de la peruana amantísima, y con frecuencia se despertaba el hijo de Salaverry bajo la impresión de las caricias y de las lágrimas de su angustiada madre.

Cada victoria era un rayo de alegría para el hogar modesto, y las zozobras se calmaban por un momento, cediendo el puesto a la esperanza, que prometía un porvenir dichoso y la honrosa pacificación del país.

Con rapidez vertiginosa se sucedían las noticias, ya prósperas, ya adversas, dando lugar a la admiración, al entusiasmo ó a sombrías meditaciones. La

sagacidad de Salaverry burlaba el activo empuje de su enemigo, el empeño encarnizado y las emboscadas que por todas partes le aguardaban.

Algo sobrenatural protegía aquella existencia tan heroica como brillante, y en vano los soldados confederados peruanos y bolivianos ponían cuantos medios estaban a su alcance para apoderarse de su enemigo, hasta el punto de avalorar su cabeza, ofreciendo por ella 10.000 pesos, según afirma el egregio escritor chileno Vicuña Mackenna en su biografía de Portales.

Acercábase el sombrío desenlace de aquella cruenta lucha. Tal vez presintiendo tomó Salaverry un momento de descanso, como tregua de las azarosas eventualidades que pudieran surgir y aprovechando los momentos en que su implacable perseguidor Santa Cruz reorganizaba parte de sus fuerzas para con más bríos lanzarlas contra el invicto limeño.

Parecía, sin embargo, que el horizonte político se teñía con colores más suaves, con celajes más diáfanos, alejando los sombríos nubarrones y prometiendo una afortunada era con el nuevo año de 1836.

Llegó Salaverry a su hogar, y durante algunos días se entregó con efusión a las caricias de su hijo y a las ardientes manifestaciones de la mujer querida, olvidándose por completo de los peligros y asechanzas que había salvado hábilmente y de los que aún le esperaban al recomenzar la campaña. Aquellas horas fueron para el soldado un bálsamo consolador, un vigoroso reconstituyente para lanzarse con mayor empuje a la pelea, soñando con la victoria que consolidase sus más bellos y patrióticos ideales.

El reposo fué de corta duración. Su enemigo Santa Cruz reconcentraba sus tropas para un combate decisivo, y Salaverry, embargado por inexplicable desaliento, estrechó en un abrazo supremo al hijo de su amor y a la que era su única pasión.

Lloraba Carlos Augusto, mezclando sus lágrimas con las de su madre, que enlazada al cuello de Salaverry, sentía desgarrarse el corazón en aquella despedida ¡ay! suprema.

—Volveré pronto, alma mía, y entonces para no separarnos jamás.

—¡Quién sabe! Me ahogan los presentimientos; te veo moribundo en el campo de batalla, herido y sin mí en aquel siniestro momento. Cede; no intentes prolongar esa terrible lucha en la que serás vencido...

—No, eso jamás; muerto, pero no vencido; serénate, recobra tranquilidad, no me quites el valor que tanto necesito para separarme de ti. Mi ánimo es fuerte, temerario, y hasta hoy por dondequiera que fui me acompañó la victoria: ella coronará mis esfuerzos.

—¡Adiós!, murmuró la desolada peruana; ¡adiós, que la virgen de Copacavana te vuelva a traer sano y salvo a mis brazos!

Salaverry saltó en silla, empuñó las riendas de su fogoso caballo y desapareció como el huracán.

Hubo algunas escaramuzas entre las tropas de Salaverry y las de Santa Cruz, y llegó el día 7 de febrero de 1836.

El campo de Socabaya presentaba un golpe de vista deslumbrador, porque los rayos del sol reverberaban en las armas de los dos ejércitos, prontos a comenzar el fuego.

El de Santa Cruz arremetió con encarnizamiento. El de Salaverry opuso a su empuje el valor sereno y denonado.

La acción se generalizó; el caudillo tuvo en su mano el éxito de aquel día; pero el descendiente de la Inca Huarina no cejaba, acometiendo sin tregua ni descanso hasta romper las filas enemigas y sembrar en ellas la confusión y la muerte.

El ángel de la gloria plegó sus alas y abandonó a su héroe.

Salaverry cayó prisionero; no logró ni morir en el campo de batalla, como lo ambicionaba. ¿Su rencoroso enemigo perdonaría al invicto militar? No; lo tenía a su merced; era peligroso; debía desaparecer.

El egoísmo aconsejaba su muerte; la generosidad optaba por la vida y el ostracismo.

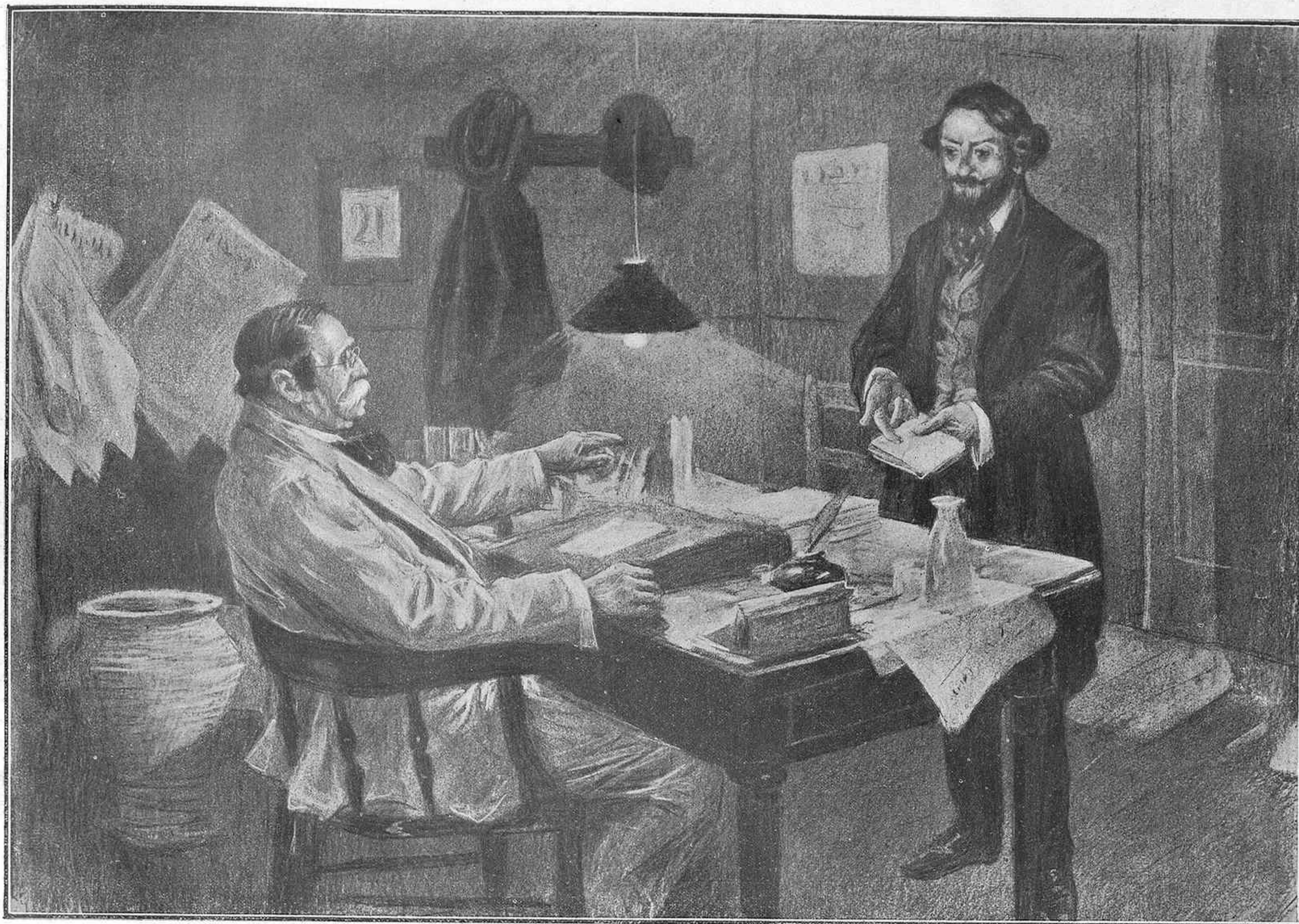
Venció el primero. Un consejo de guerra de oficiales generales peruanos dictó sentencia, y Arequipa vió morir fusilado al patriota excelso.

Elocuente protesta brotó de todos los corazones. Felipe Santiago Salaverry tenía veintinueve años y once meses.

El hijo de su amor quedó en la orfandad, en el más completo desamparo. (1) Su madre vistió luto perdurable.

LA BARONESA DE WILSON.

(1) Carlos Augusto Salaverry ha sido un poeta de gran imaginación y ha enriquecido las letras peruanas con preciosas composiciones.



Le traigo á usted un artículo...

EL ARDID DE JULIO HEREDIA

Mendívar sintió los pasos del ordenanza y levantó la cabeza.

—¿Qué hay?

El ordenanza le ofreció una tarjeta que traía en la mano.

—Este señor... Es el de otras noches..., pero hoy dice que es urgentísimo. Está muy pálido... Dice que es la última vez que molesta al señor director.

Mendívar leyó el nombre de la tarjeta entre dos blasfemias.

—¡.....! Julio Heredia. ¡.....!

Luego tiró despectivamente la cartulina entre los muchos papeles que cubrían la mesa.

El ordenanza esperaba.

—¿Qué le digo? Me permito advertir al señor que debe tratarse de un caso desesperado... ¡Tiene una mirada más extraña!

Mendívar se había puesto á escribir.

Hasta ellos subía el fatigoso ajeteo del salón de máquinas. Eran las últimas horas de la madrugada y empezaban á tirar los primeros millares de *La Mañana*.

—Bien. Dile que pase.

Lo dijo sin levantar la cabeza, mordiscando el puro que tenía entre los dientes, frunciendo el entrecejo con un gesto de furiosa impaciencia.

Entró Heredia.

Era un hombre alto y pálido. Próximo á los treinta años, una honda desesperación de todas las hambres le encalientaba las pupilas y le habían torcido la boca en un rictus trágico.

Mendívar ni siquiera levantó la vista.

—Un momento, querido... Siéntese. Es una cosa urgente y...

Siguió escribiendo, absorbiéndose con demasiada atención para no ser fingida.

Por lo alto de los tabiques, cortados á poca distancia del techo general, llegaba el vaho de la sala de redacción. Una tibia opacidad ponía halo azuloso en torno de las lámparas eléctricas. A lo largo de las paredes corrían los tubos grises de los caloríferos, abrigados de gotitas.

Del patio de máquinas subía el rumor sordo y febril de las rotativas.

Heredia pensó en el frío de las calles silenciosas y como muertas bajo el nevoso amanecer de febrero.

—¡Ea! Usted dirá...

Y el director de *La Mañana* dejó la pluma y buscó más cómoda postura en el sillón. Detrás de los cristales de las gafas le brillaban insolentes las pupilas.

Heredia se llevó la mano al bolsillo interior del gabán.

—¿Otro artículo? Ya le he dicho que es imposible. No sabe, no sabe cómo estamos de original... Ni si quiera podemos cumplir con las colaboraciones fijas... ¡Un horror! Quisiera verle á usted en mi puesto.

Heredia había sacado unas cuartillas y las desdobló tranquilamente, sonriendo.

En la lividez del rostro, los labios se despintaban contra los dientes, desmudándose con un gesto atávico de fiera.

—Perdone usted, Sr. Mendívar. Hoy no le traigo un artículo más; es el último, ¿sabe usted?, el último que he escrito... Mañana á estas horas tendrá un valor sentimental inapreciable. Vea usted.

Le mostraba el título. En letras anchas y enérgicas rubricadas de un trazo tan firme que había agujereado el papel, Mendívar leyó:

«MI SUICIDIO.»

—Bueno. Esto será una broma, una *pose* romántica... Usted no se va á matar.

Heredia seguía sonriendo. Los ojos tenían una fijez extática.

—Está usted en un error. Mañana á estas horas ya no existiré. Por eso le ofrezco á usted mi último artículo. Más aún: yo que otras veces le ha dado sa blazos hasta de un duro, hoy me siento espléndido y le regalo las cuartillas. No quiero nada. No me hace falta nada.

Había tal resolución en sus palabras claras y bien moduladas, que Mendívar sufrió un calofrío de es panto.

—Pero eso es una locura... Usted no debe estar tan desesperado. Dentro de unos años usted será de los que se hayan impuesto. Es cuestión de paciencia. Todos hemos luchado...

Heredia se levantó.

—Es inútil, Sr. Mendívar. Estoy firmemente resuelto. La vida es demasiado estúpida para sufrir tanto por conservarla. En cuanto á la gloria, usted debe saber que alguien la llamó el sol de los muertos... Yo tengo hambre, tengo odio..., tengo envidia. Ya ve usted: le hablo como á un confesor. Usted oye mis últimas palabras y no me avergüenzo de mostrarle cuánta negrura hay en mi alma. Muchas veces se me dobló la voluntad; pero hoy se ha roto, y cuando se rompe la voluntad, ya no tiene remedio.

Mendívar también se había levantado. Muy hecho á oír lamentaciones, comprendía que, acaso por la primera vez durante su larga vida de escritor, otro escritor le hablaba sinceramente.

—Vamos, no sea usted chiquillo. Conozco ese estado de aplanamiento, de anulación. Yo lo he sentido muchas veces. Usted también. Luego pasa. La vida vuelve á sonreír y ¡qué diablo! ¿Cuántos duros le hacen á usted falta?

Heredia movió la cabeza sonriendo, siempre sonriendo.

—Muchas gracias, Sr. Mendívar. No necesito nada, no me hace falta. El revólver lo desempeñé ayer mismo y era el último gasto que tenía que hacer. Ya ve: ni he comido siquiera. El estómago, en cuanto se calienta, le embrutece á uno y le hace optimista. He preferido que esté frío y hambriento, que no esclavice al cerebro... Pero le estoy á usted haciendo perder un tiempo precioso. Aquí tiene el artículo. Mañana darán todos los periódicos mi retrato y algunas líneas acerca del «pobre Heredia, autor de tales novelas y cuales artículos críticos.» Pero únicamente *La Mañana* podrá explicar la razón de mi muerte. Será un éxito periodístico; créame. Mañana lo anuncia usted en un *entrefilet* y pasado da el artículo... Y ahora, señor director, déme usted la mano por última vez. Usted, á pesar de todo, ha sido un buen amigo mío. Me ha ayudado usted en muchas ocasiones difíciles y ya ve que no lo olvido.

Mendívar estaba seriamente emocionado.

—No. Yo no le dejo á usted que se vaya así. Usted debe reflexionar. Veremos cómo se arregla su situación. Hablaré al Consejo de Accionistas. ¡Quién sabe! Por de pronto yo le daré algo: cincuenta, cien pesetas...

Heredia denegaba con la cabeza, siempre sonriendo.

—¿Pero usted no comprende que yo no puedo dejarle que se mate? ¿Y su mujer? ¿Y su hijo?

—Estoy tranquilo. Ya verá usted cómo se organizan suscripciones. En un mes recogerán más que yo pudiera darles en un año. Los compañeros sólo son generosos, únicamente sienten el compañerismo, cuando ya están seguros de que no se les puede hacer sombra.

—Sin embargo, Heredia, yo...

—Es inútil, Sr. Mendívar. Si no fuera mañana, sería dentro de tres días, de un mes; pero sería... Créame: cuando se está resuelto a morir, no hay nada ni nadie que lo impida. Adiós, señor director. Muchas gracias, ¿eh?

Salió del despacho andando de espaldas, imponiéndose a Mendívar con el brillo metálico y febril de sus pupilas, con la sonrisa hecha mueca en los labios descoloridos y finos.

Fué una muerte extraña y misteriosa. El suicida supo ocultarse de tal modo para morir, que resultó imposible hallar su cadáver. Dejó escritas dos cartas; una a su mujer pidiéndole perdón, otra al gobernador comunicándole sus propósitos.

Los periódicos, al lado de encomiásticas biografías de Julio Heredia, publicaron enconados reproches contra la policía que no supo descubrir los restos del escritor.

Se organizaron suscripciones. El Ateneo celebró una velada necrológica. Alguien, recordando que el suicida estrenara años antes en Eslava, propuso una función a beneficio de la viuda, donde trabajasen las compañías de todos los teatros.

La Mañana publicó un extraordinario reproduciendo el artículo *Mi suicidio*, anunciándole previamente con grandes titulares en el número anterior, é inmensos cartelones negros con letras blancas en todas las esquinas y las vallas de los solares.

El público, con esa inconsciencia de criterio que el nombre de Julio Heredia y á buscar sus libros y á acreditar su acefalía, llegó á aprenderse de memoria | dolerse de la «inmensa pérdida nacional.»



Madre e hijo, estudio para el cuadro «El período prehistórico» que forma parte de las pinturas murales de Hugo Vogel que decoran el salón de la Casa Consistorial de Hamburgo.

Mendívar sintió los pasos del ordenanza y levantó la cabeza.

—¿Qué hay?

Era el mes de junio.

Una tibia luz de amanecer opalecía los cristales deslustrados de las ventanas. Las bombillas eléctricas daban una luz lívida.

—Un señor que desea ver al señor director.

—¿Pero quién es? Haberle dicho que me había marchado ya.

—Se lo he dicho; pero asegura que se trata de una cosa muy urgente.

—¿Qué tipo tiene?

—Bueno. Alto, de barba negra. Muy elegante.

—Dile que pase.

Y Mendívar se puso en pie, levemente intrigado.

Entró el visitante y quedó en la puerta, sonriendo.

Mendívar se inclinó.

—Usted dirá.

El otro seguía sonriendo.

Mendívar sintió un estremecimiento. «Aquella sonrisa...»

—Le traigo á usted un artículo. No; es inútil que proteste, ya sé lo que me va á decir; pero este es definitivo. Será un éxito periodístico. Además barato: cincuenta duros.

Mendívar se pasó la mano por los ojos. «Aquella voz, aquella actitud de seguridad; aun las mismas palabras...» Por un segundo se le clavó en el cerebro cierta idea inconcebible y absurda.

El caballero seguía hablando, siempre sonriente.

—Se titula *Mi resurrección*. Ustedes serán los primeros que den la noticia. Ahora ya tengo hecho el nombre y sé que no necesito luchar.

Mendívar no pudo contenerse y le arrancó violentamente las cuartillas, buscando la firma.

En la última estaba el nombre del autor: *Julio Heredia*.

JOSÉ FRANCÉS.

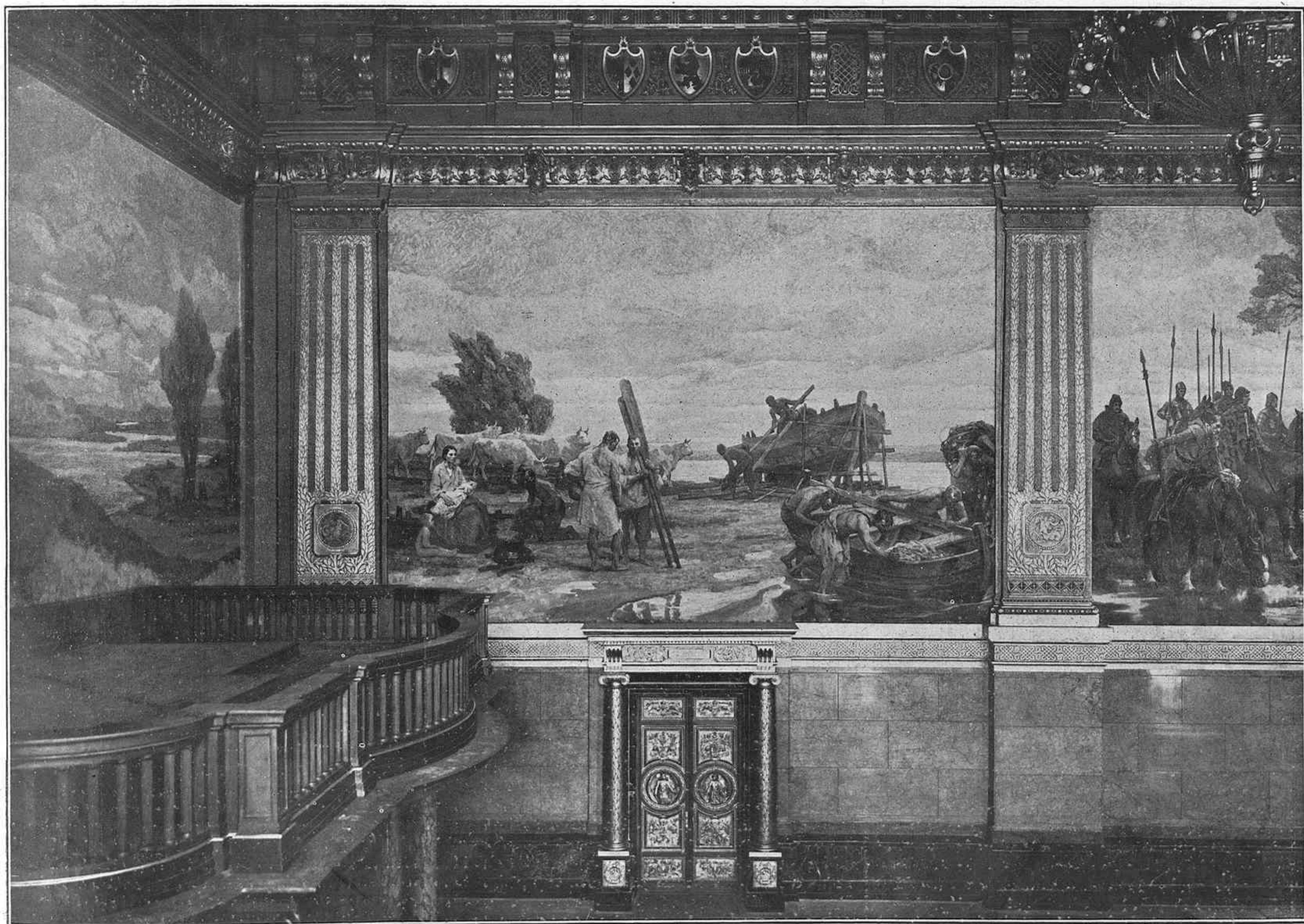
(Dibujo de Sardá.)



El período prehistórico, cuadro de Hugo Vogel que decora el salón de la Casa Consistorial de Hamburgo



La antigua Hamburgo, cuadro de Hugo Vogel que decora el salón de la Casa Consistorial de aquella ciudad



Vista parcial del salón de la Casa Consistorial de Hamburgo decorado con las pinturas de Hugo Vogel

EL DESCUBRIMIENTO DEL POLO NORTE.—EL DR. COOK Y EL COMANDANTE PEARY

El día 2 de este mes los principales periódicos de todo el mundo publicaban el siguiente telegrama que había recibido el Dr. Lecoine, director del Real Observatorio de Uccle (Bélgica): «Lerwick (Shetlands) 1.º de septiembre. Llegado al Polo en 21 abril 1908. Descubierta tierra extremo Norte. Regreso Copenhague en vapor *Hans Egede*. Cook.»

El asombro que causó esta noticia fué grande, y aunque algunos se mostraron incrédulos, los antecedentes del doctor Cook, su reconocida formalidad y su larga experiencia en expediciones polares por haber tomado parte en las de Peary al Polo Norte (1891-92) y de Gerlache al Polo Sur (1897), eran, según opinión casi unánime, garantía segura de la certeza de su afirmación. El explorador había partido en 4 de julio de 1907, y hace algunos meses llegó a creer que había hallado, como tantos otros, la muerte en las regiones árticas.

A su primer telegrama siguió otro enviado al *New York Herald* relatando parte de su viaje que terminó con el descubrimiento del Polo, y pocos días después, el Dr. Cook desembarcaba en Copenhague, en donde le recibían el príncipe heredero, una delegación de la Sociedad de Geografía y un público enorme que le acogió con aclamaciones entusiastas.

En aquella capital, el doctor Cook fué objeto de grandes agasajos: recibió el rey en palacio; sentándolo a su mesa; las sociedades científicas dieron en su honor recepciones y banquetes; el Senado Académico le nombró doctor honorario de la Universidad de Copenhague y el pueblo no cesó de saludarle calurosamente en todas partes en donde se presentaba. De pronto, la *Associated Press* recibió de Indian Harbour (Labrador) un telegrama fechado el 6 y concebido en los siguientes términos: «Bandera americana plantada en el Polo Norte. Peary;» y en la misma fecha publicó el *New York Times* este otro: «Llegado al Polo el 6 de abril. Pienso llegar a Chateau-Bay el 7 de septiembre. Peary.» Al siguiente día este diario insertaba el relato de la expedición Peary desde el 6 de julio de 1908, en que salió el *Roosevelt* de Nueva York, hasta el 26 de agosto último, en que, de regreso, llegó a Indian Harbour.

Inútil es decir la emoción que la publicación de estas noticias produjo, emoción que subió de punto cuando Peary, sabedor de lo que afirmaba el Dr. Cook, telegrafió negando rotundamente que éste hubiese llegado al Polo antes que él ni nunca.

Desde entonces no ha cesado Peary en sus ataques contra el Dr. Cook, quien se limita a contestarlos pidiendo que se reserve todo juicio definitivo hasta que él haya publicado la narración completa de su viaje y presentado sus pruebas, que serán tan concluyentes que no dejarán lugar a la menor duda.

El mundo científico, la prensa y los que con algún interés siguen esta cuestión, se han dividido en dos bandos que discuten apasionadamente. Nadie duda de la veracidad de Peary; pero ¿acaso él que éste haya llegado al Polo supone que antes que él no pudiera haber realizado la gran hazaña el doctor Cook? Hablando de éste ha dicho el célebre explorador Roald

Amundsen: «Conozco a Cook, y a él se debió en gran parte el éxito de la expedición Gerlache al Polo Sur. Su perfecto conocimiento de los movimientos de los hielos hace de él un explorador polar de primer orden, y no veo ningún motivo que

llegar al Polo, sino además llenar las principales lagunas que todavía subsisten en nuestro conocimiento de las regiones árticas.»

Siendo esto así, ¿por qué no puede haber sido Cook quien haya realizado esta expedición aprovechándose de la experiencia de Peary?

Los adversarios de Cook, los que ponían en duda la veracidad del relato de éste, aun antes de publicarse el primer telegrama de Peary, fundaban su incredulidad, entre otras, en dos razones principales: primera, que de los datos proporcionados por el doctor resultaba que en 36 días había recorrido 650 kilómetros, desde el cabo Hubbard al Polo, es decir, 18 kilómetros diarios, lo cual parecía imposible, dadas las dificultades que debió encontrar, y estaba en contradicción con lo que habían hecho sus predecesores, aun antes de alcanzar tan altas latitudes, en donde los obstáculos han de ser más grandes. La segunda razón era que no podía aceptarse que Cook no hubiese permanecido en el polo más que dos días, tiempo insuficiente para hacer los estudios y las observaciones que constituyen el primordial objetivo del descubrimiento.

Pues bien: estas mismas razones se vuelven ahora contra Peary, quien, según él mismo afirma, recorrió en 35 días los 740 kilómetros que separan el cabo Columbia del Polo, teniendo que avanzar, por consiguiente, más de 20 kilómetros diarios, y permaneció en el Polo solamente veinticuatro horas.

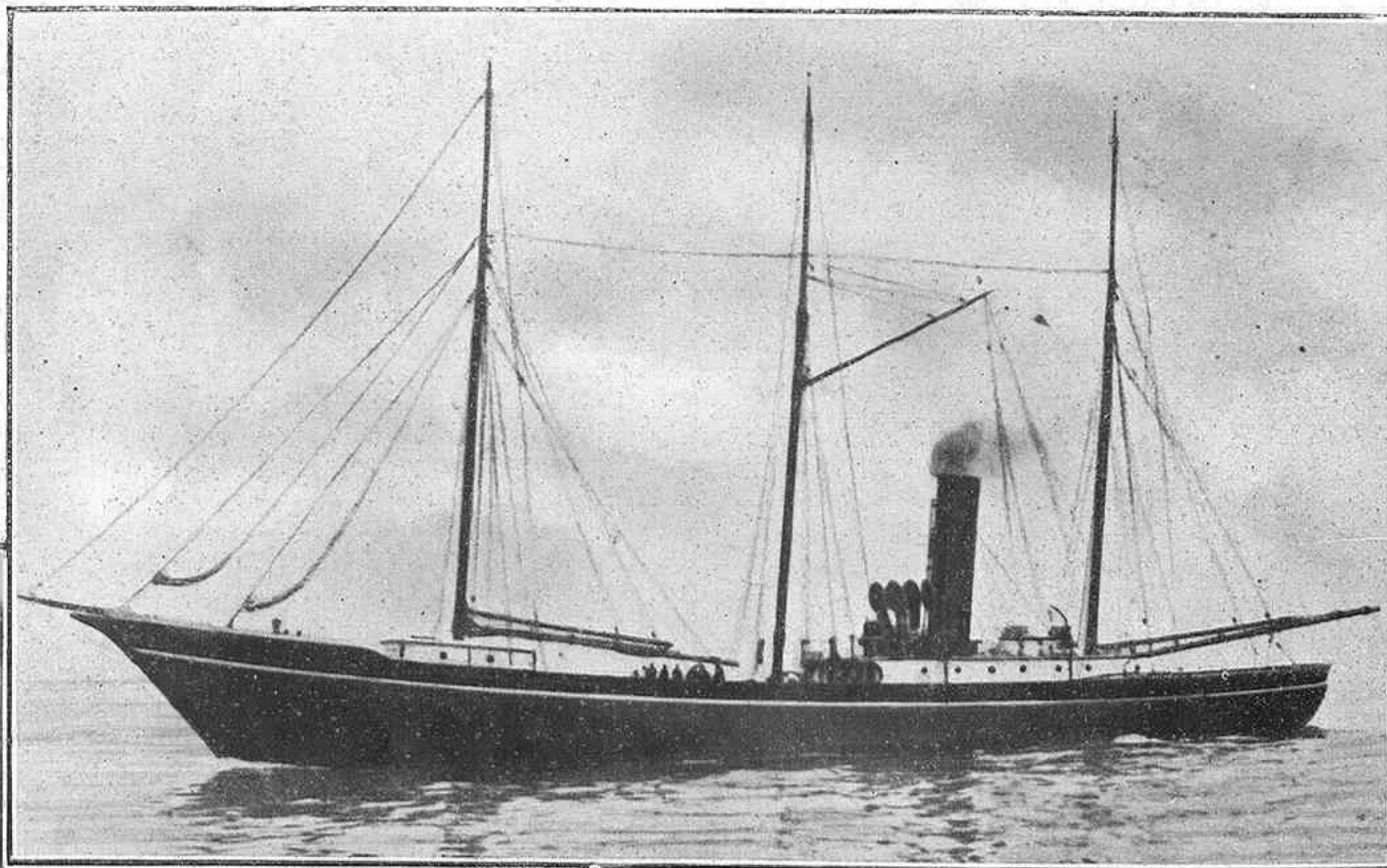
Pero dejando a un lado esta cuestión de rivalidad entre los dos exploradores, cabe preguntar: ¿qué interés científico tiene el descubrimiento en las condiciones en que lo han hecho el doctor Cook y el comandante Peary? El explorador polar Arctowsky, sin dejar de admirar los esfuerzos de uno y otro, dice que el interés científico de ambas expediciones es muy pequeño, pues han sido simplemente un *match* de velocidad que nada enseñará de todo cuanto quisieran los sabios conocer acer-



Llegada del Dr. Cook (x) a Copenhague. (De fotografía de Hutin.)

autorice a dudar de la veracidad de su relato. En cambio, me mortifica la actitud de Peary, quien se arroga el derecho de disponer de las regiones polares con exclusión de todo otro. Que le moleste que otro se le haya adelantado, se comprende; pero ¿por qué deshacerse en mentís ofensivos para su rival y en los que se ve más despecho que sinceridad?»

El mismo Peary, en el discurso que pronunció en la Sociedad Americana de Geografía en 15 de diciembre de 1905, decía: «Una nueva expedición que siga el mismo camino por mí trazado y se aproveche de mi experiencia, podrá no solamente



El buque «Roosevelt», en el que el comandante Peary ha efectuado su viaje al Polo Norte

(De fotografía de N. J. H.)



El comandante Peary. (De fotografía de World's Graphic Press.)

ca de la constitución geológica del Polo y de los fenómenos de toda clase que podrían instruirnos sobre las relaciones de esta parte excéntrica del universo con el todo y sobre sus condiciones de existencia. En una palabra, los *raids* de Cook y de Peary, según Arctowsky, dejan en pie todos los problemas que con el descubrimiento del Polo han de solucionarse y son simplemente «turismo en gran escala»

Y para que en este asunto haya habido de todo, no ha faltado la nota cómica. El comandante Peary envió al presidente de los Estados Unidos el siguiente telegrama: «Tengo el honor de poner el Polo Norte a vuestra disposición.» Mr. Taft contestó con otro de felicitación al explorador, que encabezaba con este párrafo: «Gracias por vuestro interesante y generoso ofrecimiento, pero no sé a punto fijo qué hacer de él.»

Digamos para terminar que, apenas descubierto el Polo, sea uno ó sean dos sus descubridores, ya empieza a discutirse la cuestión de a quién pertenecerá aquel punto de nuestro globo que durante siglos ha constituido el gran misterio de la humanidad y cuya posesión ha costado tantos esfuerzos y tantas víctimas. — S.

BRESCIA.—GRAN CONCURSO DE AVIACION. (De fotografías de M. Branger.)

La aviación está en plena voga; es, pues, forzoso que dediquemos alguna atención á sus principales manifestaciones. Ayer fué la gran semana de la Champaña; hoy es el *meeting* de Brescia; mañana será el *meeting* de Berlín, y después la gran quincena de París. Para todo habrá una nota en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El *meeting* de Brescia comenzó el día 8 de este mes y habrá terminado el día 20. Del 8 al 12 se han efectuado las pruebas internacionales; los días restantes se han reservado exclusivamente á las nacionales, es decir, á las italianas.

El día de la inauguración una concurrencia inmensa acudió desde las primeras horas de la mañana al vasto aeródromo de Montichiari, llenándose las tribunas de un público elegante. Rougier, Leblanc y Anzani efectuaron algunos cortos vuelos; Curtiss dió una vuelta á la pista; Bleriot y Rougier ejecutaron rápidos vuelos, y el teniente Calderara hizo un ensayo desgraciado, pues su aparato, cogido por una corriente de aire, cayó al suelo, rompiéndosele el ala derecha.

El segundo día volaron Anzani, Curtiss, Bleriot y Rougier; este último, después de un vuelo á 30 metros, emprendió otro para optar el premio de altura, habiéndose elevado á 70 metros.

El día 10 no se realizó prueba alguna.

El 11, Rougier dió la vuelta al campo de aviación, Bleriot dió con gran facilidad dos vueltas y Curtiss ejecutó un vuelo magnífico, recorriendo

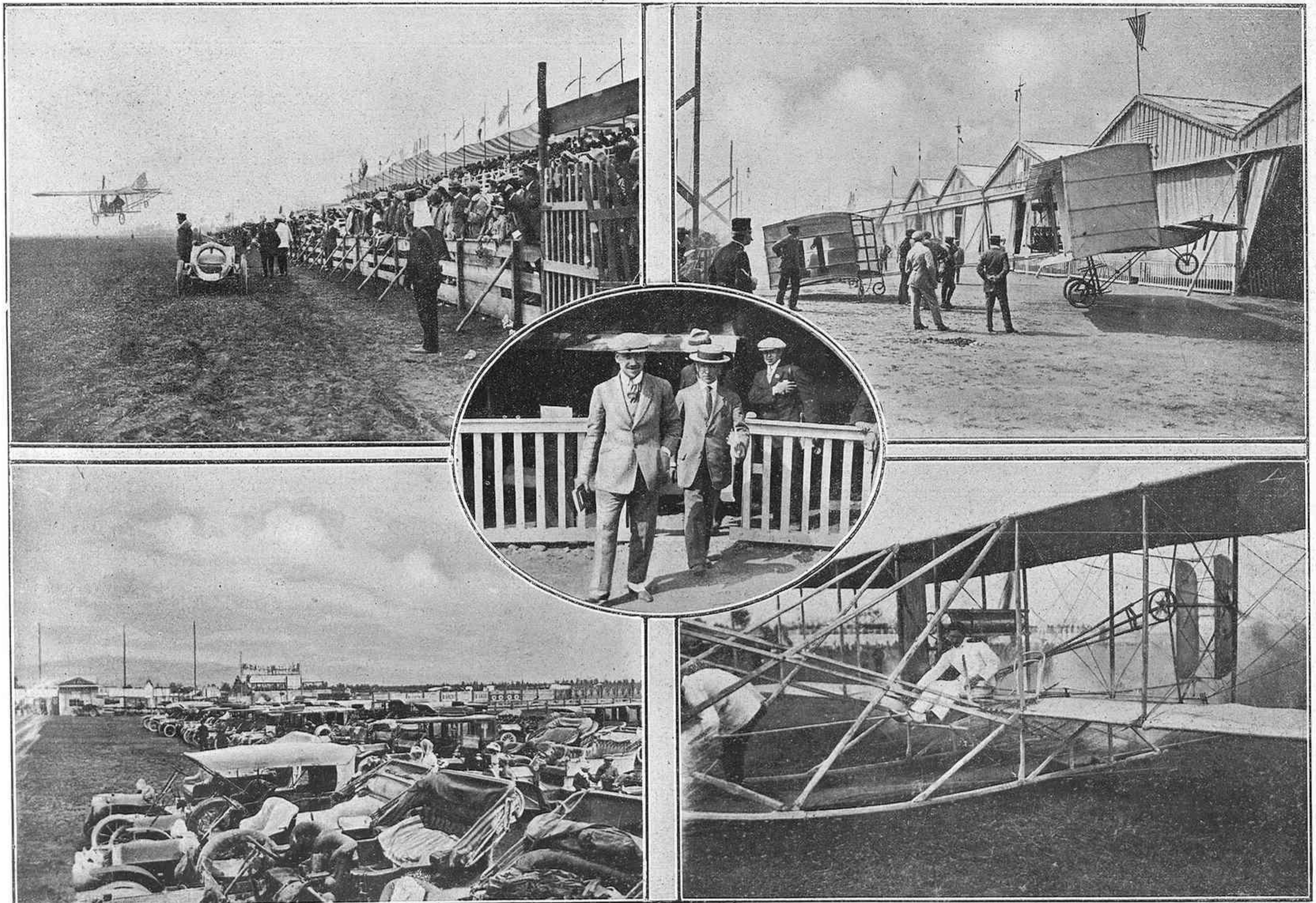
54 kilómetros en 49 minutos y 24 segundos. La jornada terminó con vuelos casi simultáneos de Bleriot y Rougier; Bleriot

descendió después de una vuelta y media; Rougier dió tres vueltas y se elevó á una altura de 132 metros, siendo acogido á su descenso con una grandiosa ovación por el público. El último día, Rougier concursó al gran premio de Brescia: dió una vuelta á la pista, á una altura de 20 á 30 metros, en 13 minutos y 5 segundos, y luego otra; pero en vista de que el motor no funcionaba regularmente, el aviador, aprovechando la facultad que daba el reglamento de hacer una parada para aprovisionarse de esencia, arregló su máquina y partió de nuevo, recorriendo 50 kilómetros en 1 hora, 9 minutos y 42 ³/₅ segundos. Poco después efectuó otro vuelo recorriendo 60 kilómetros en 1 hora, 22 minutos y 3 ¹/₅ segundos. Después de unas brillantes evoluciones de Bleriot, Calderara, en un aeroplano Wright, elevóse á diez metros para optar al premio del kilómetro y efectuó dos vuelos; inmediatamente Bleriot hizo una salida fuera de concurso y Curtiss otra para el premio de altura, siendo ambos muy aplaudidos. Pusieron término á las pruebas internacionales las de transporte de pasajeros, en las que tomaron parte Curtiss y Calderara, llevando consigo respectivamente al ilustre poeta Gabriel d'Annunzio y al teniente Savoia.

El resultado de las pruebas internacionales ha sido el siguiente: *Gran premio de Brescia*: 1.º Curtiss, 2.º Rougier. — *Premio de altura*: 1.º Rougier, 2.º Curtiss. — *Premio de arranque*: 1.º Curtiss, 2.º Leblanc. — *Premio del kilómetro de transporte de pasajeros*: Calderara. — T.



Rougier, en biplano Voisin, gana el premio de altura elevándose á 132 metros

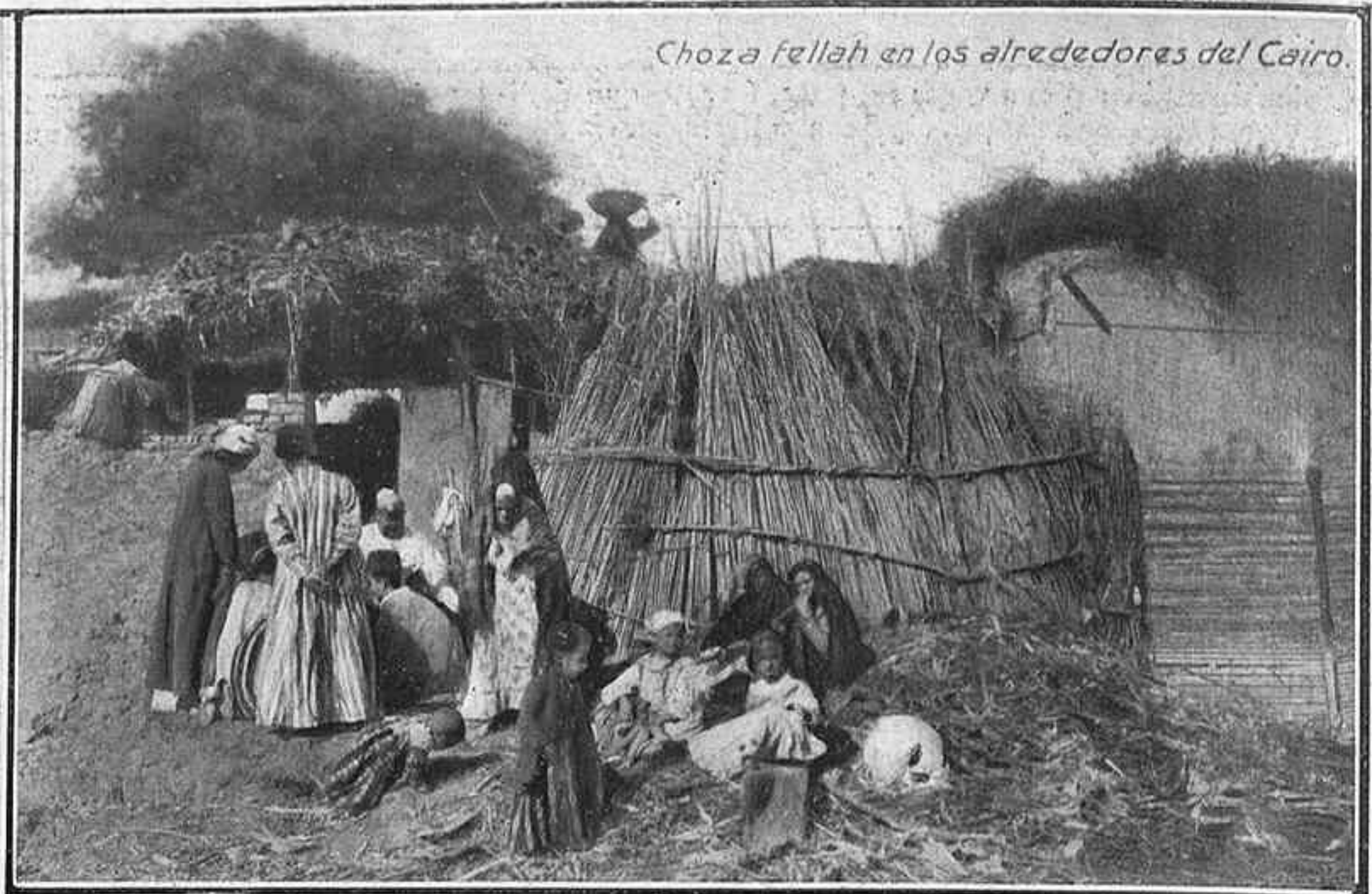


Vista de las tribunas durante un vuelo de Bleriot. — Los cobertizos de los aeroplanos. — El ilustre poeta Gabriel d'Annunzio visitando los cobertizos. — El parque de los automóviles. — El teniente italiano Calderara que, en un biplano Wright, ganó el premio de transporte de pasajeros

TIPOS Y COSTUMBRES EGIPCIOS. (De fotografías de Carlos Delius.)



Aldea fellah a orillas del Nilo.



Chozas fellah en los alrededores del Cairo.



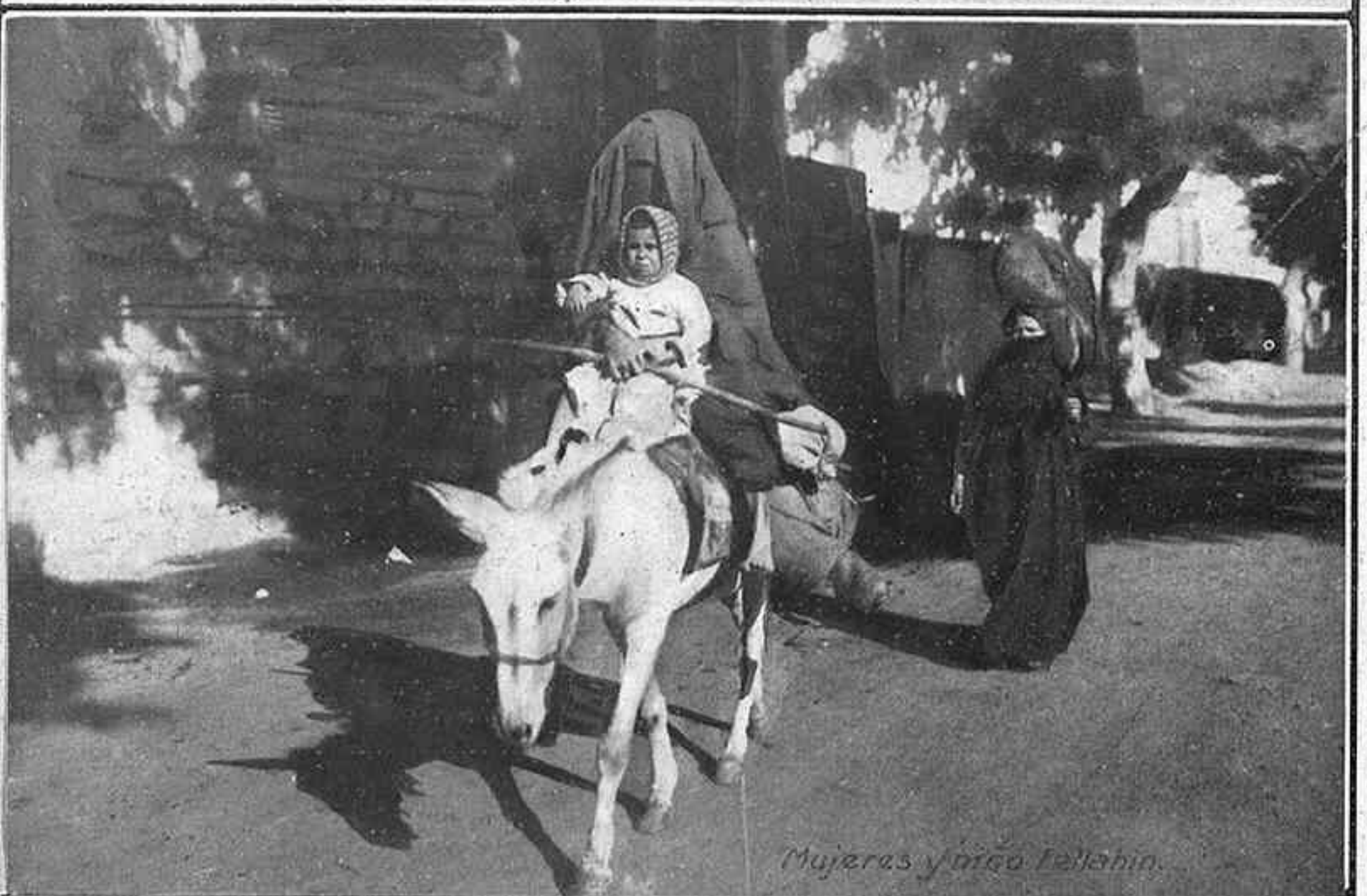
Un fellah.



Fellah arando su campo.



Fellah vendedor de legumbres dirigiéndose al Cairo.



Mujeres y niño fellahin.



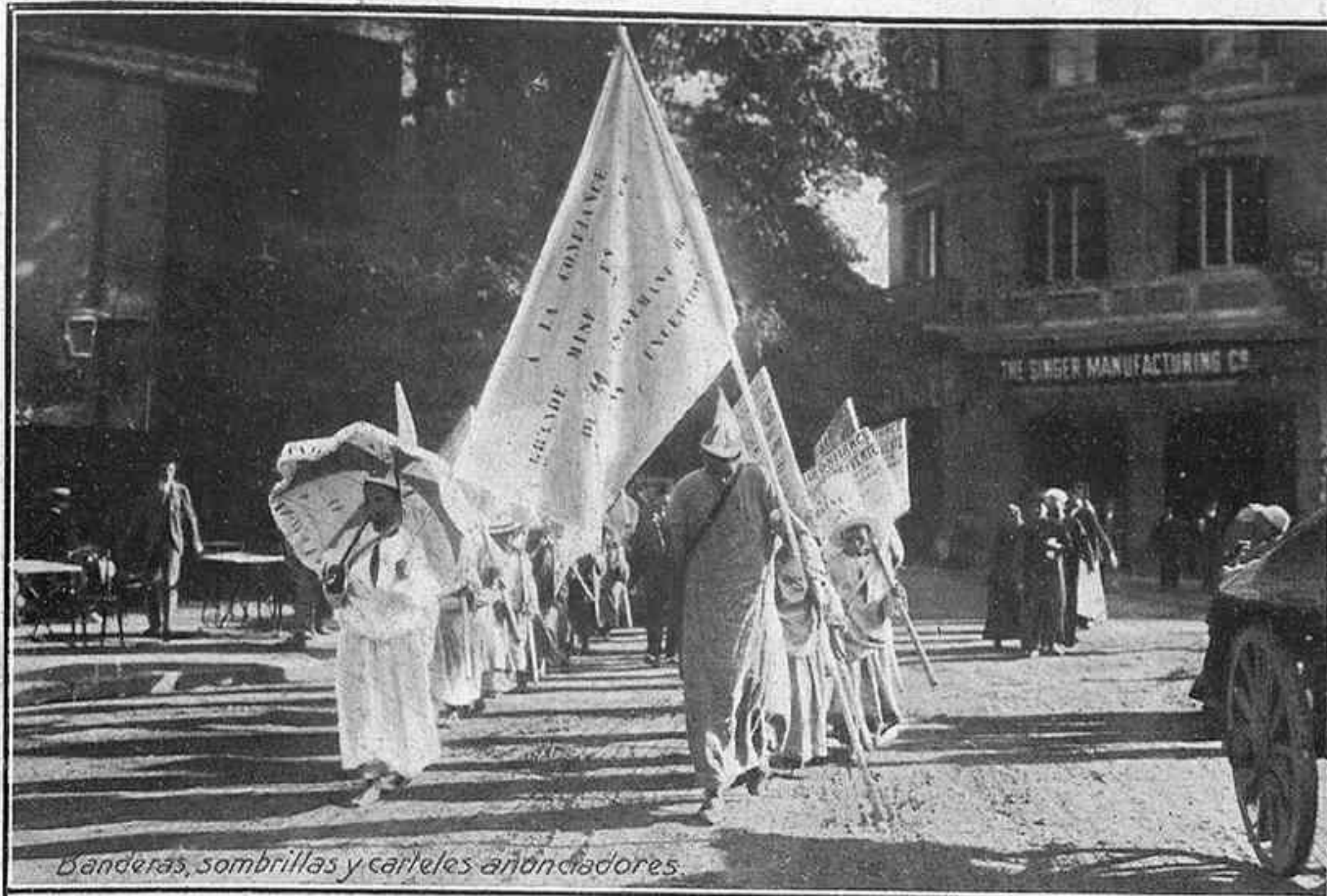
Mujeres fellahin lavando.



Una tienda fellah en día de fiesta.

EL EGIPTO DE LA TRADICIÓN. La población agrícola de los fellahin

TIPOS Y COSTUMBRES EGIPCIOS. (De fotografías de Carlos Delius.)



Banderas, sombrillas y carteles anunciadores.



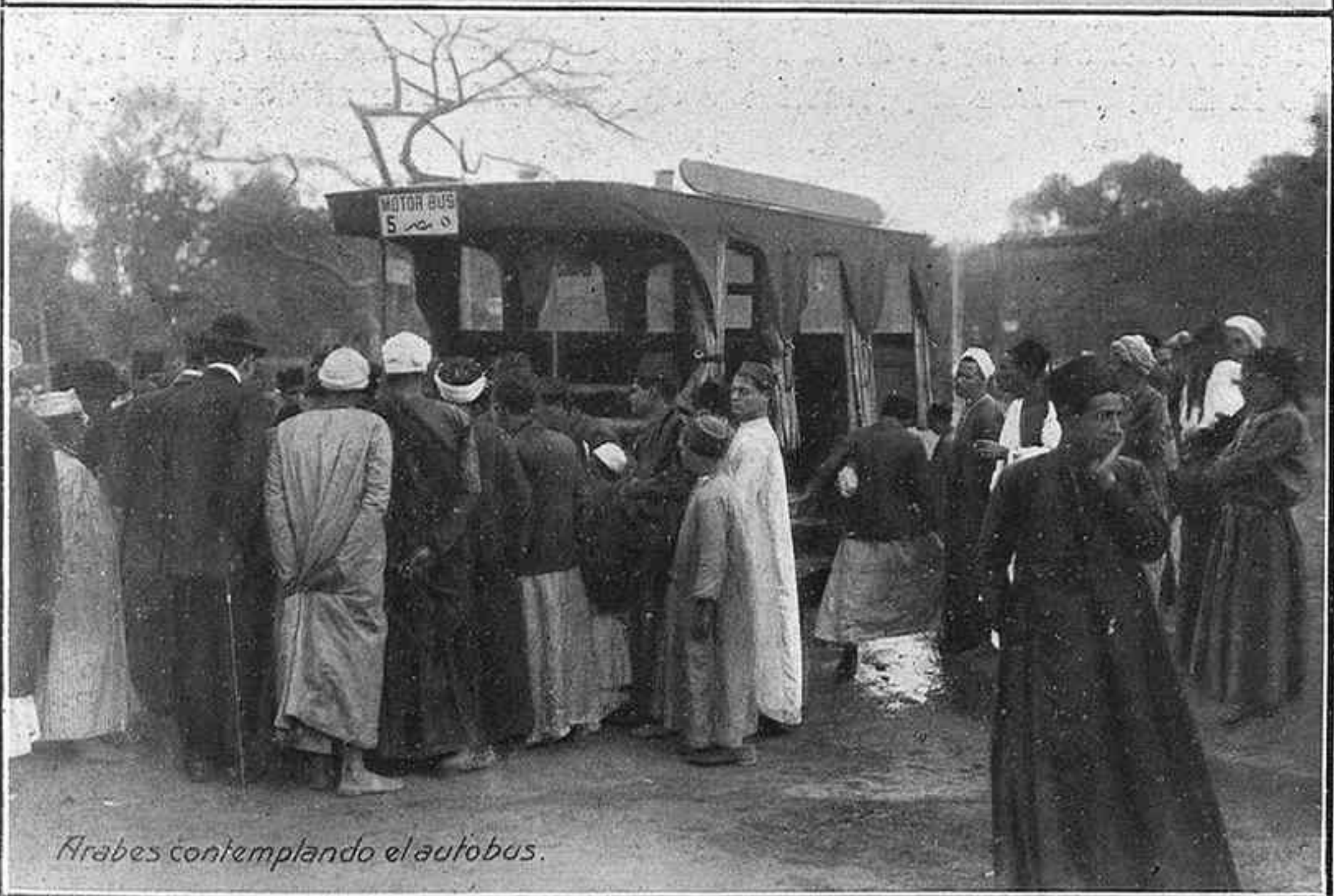
Muchachos indígenas paseando los anuncios "sandwichs."



La multitud al paso de un regimiento.



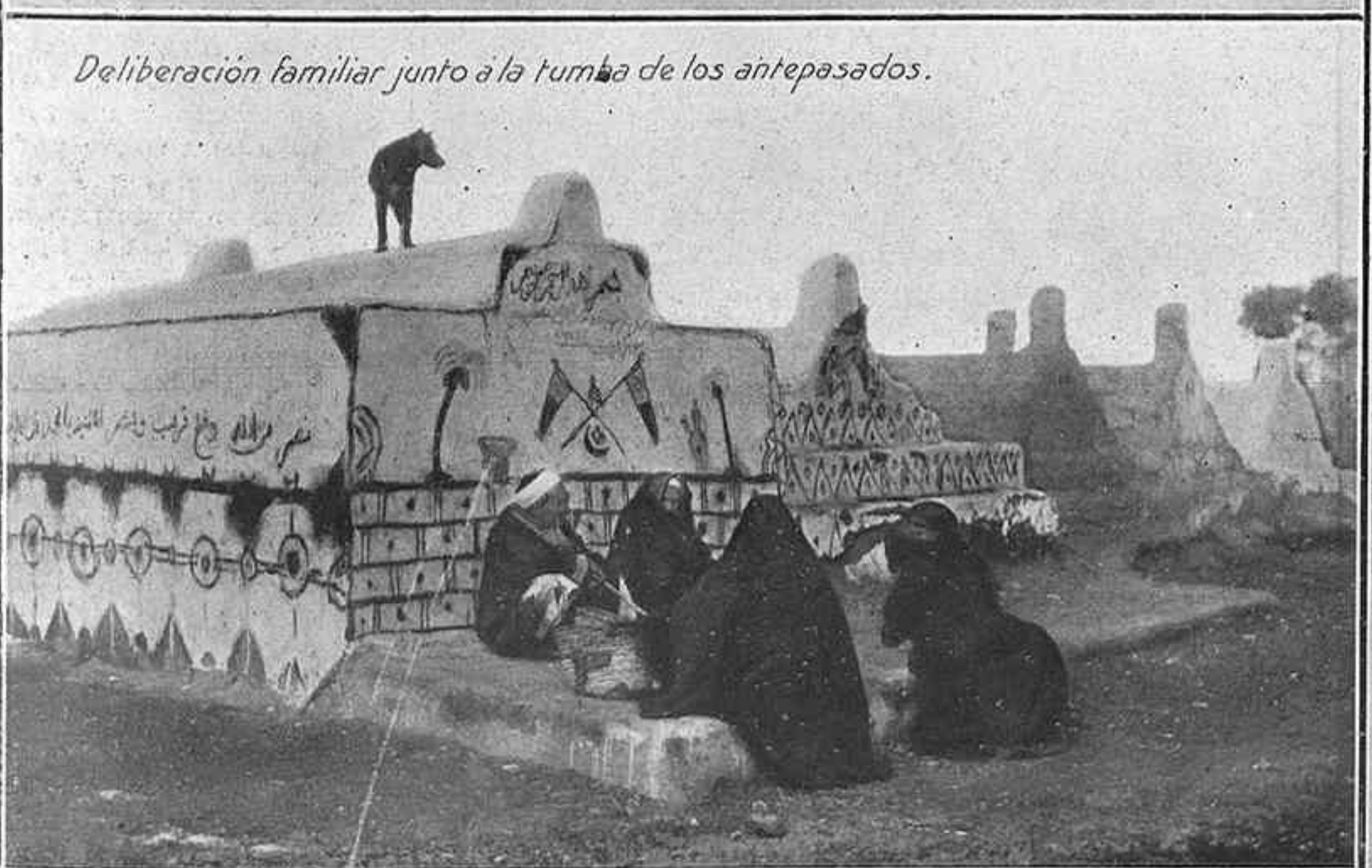
Músico ambulante en Alejandria.



Árabes contemplando el autobús.



Venta de camellos en pública subasta.



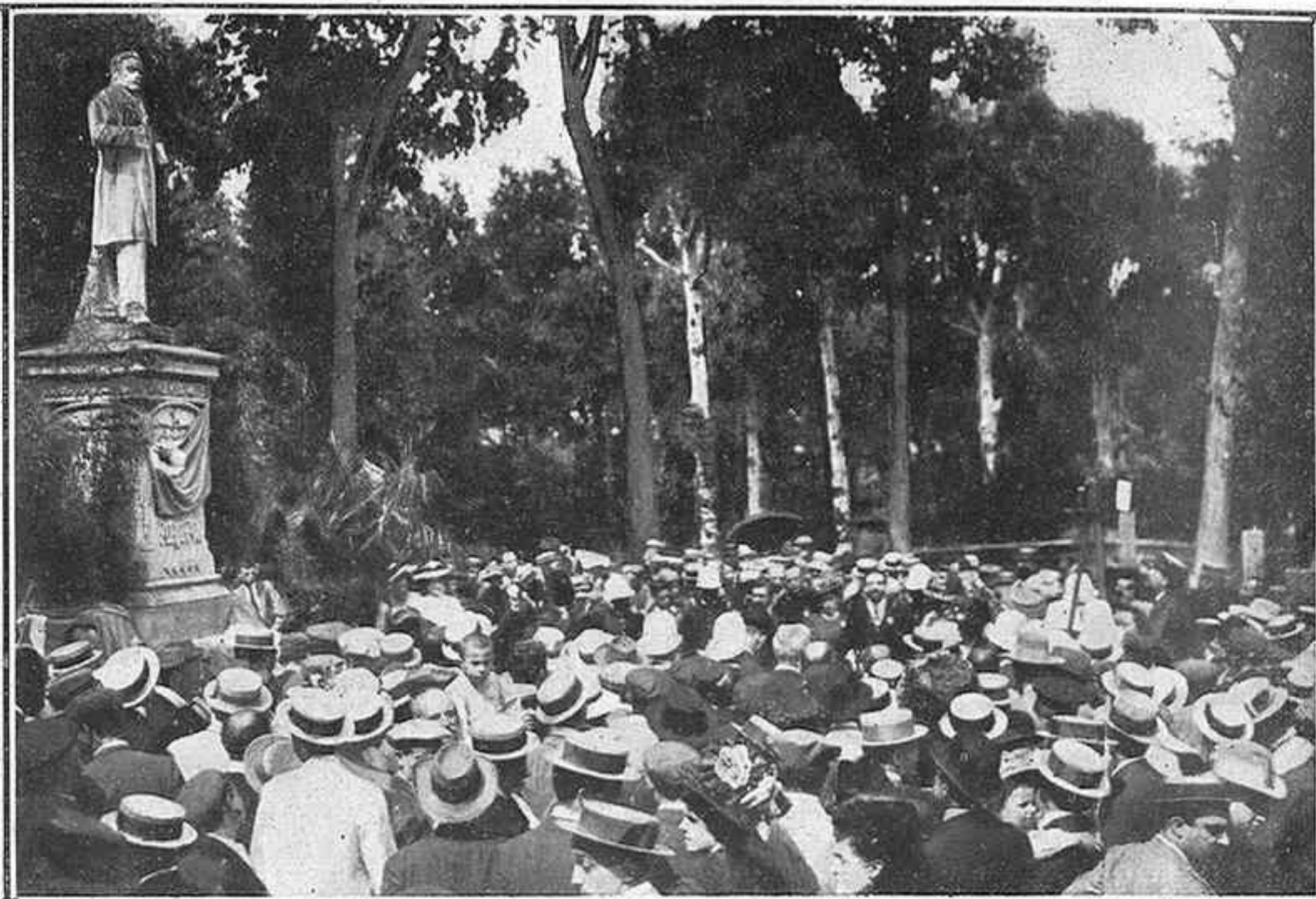
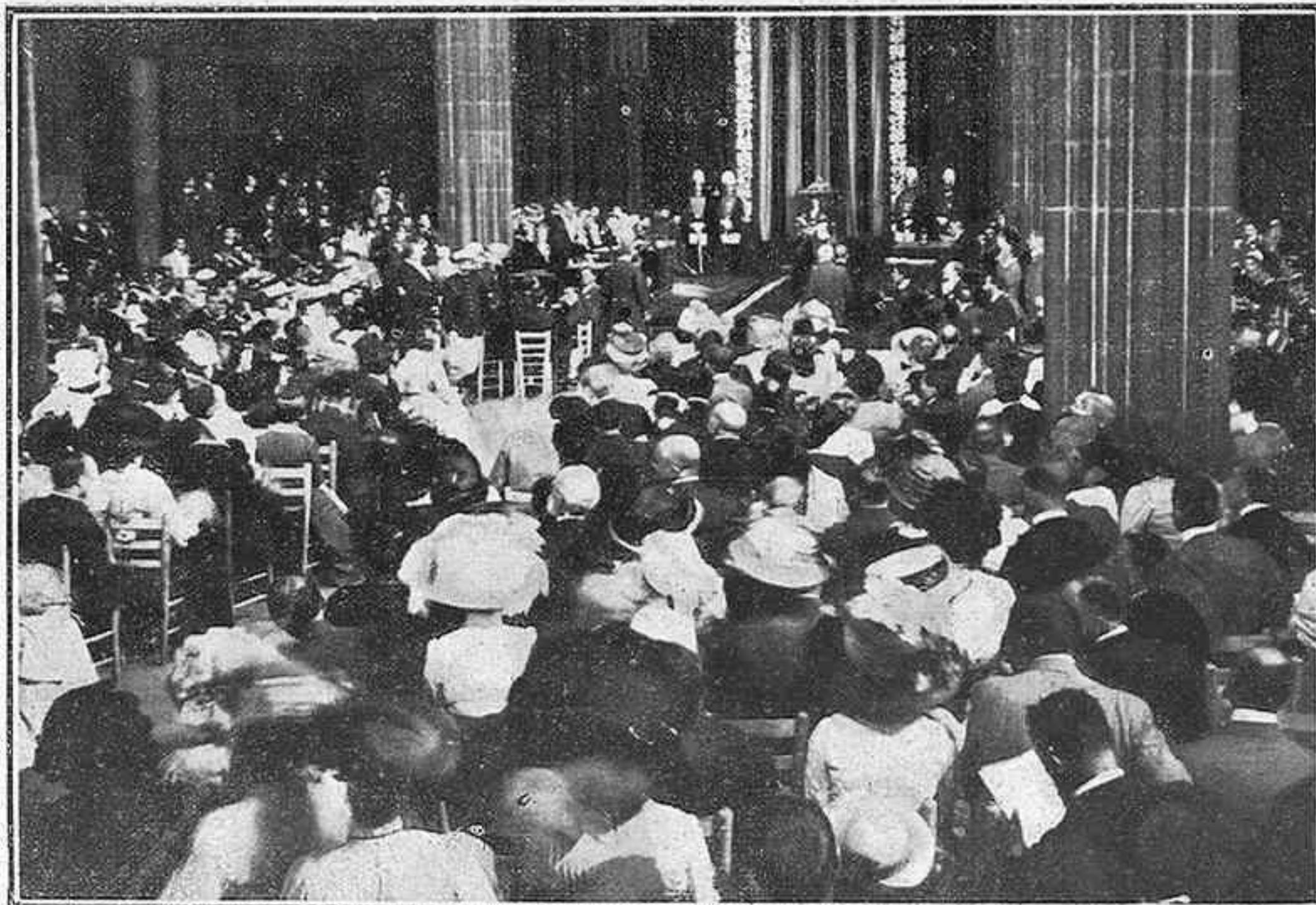
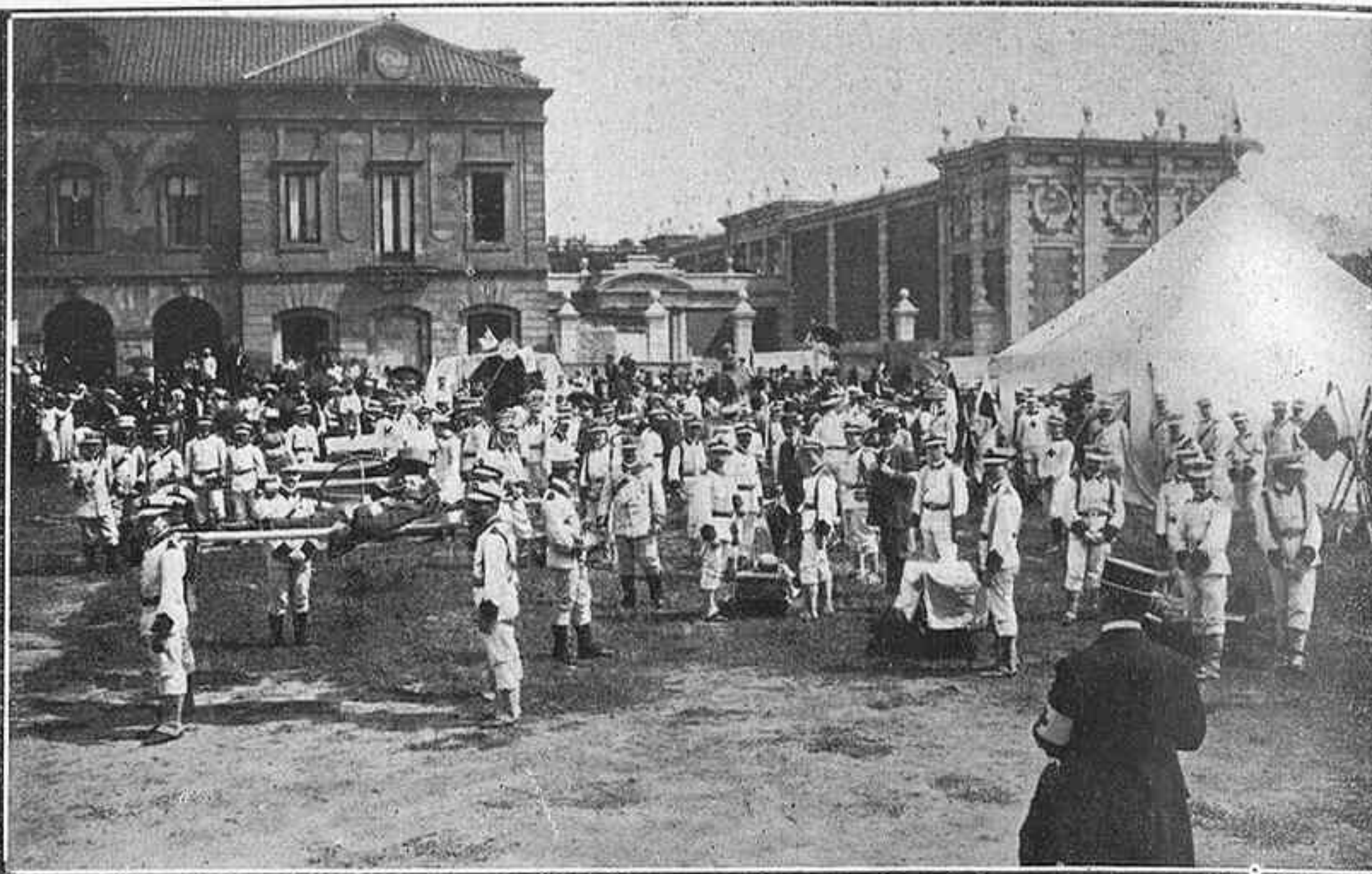
Deliberación familiar junto a la tumba de los antepasados.



Los caballos del Tío Vivo en el desierto.

EL EGIPTO MODERNIZADO. La población de las ciudades. (Alejandria, El Cairo, Subra, etc.)

BARCELONA.—FIESTAS ESPERANTISTAS CON MOTIVO DEL V CONGRESO INTERNACIONAL DE ESPERANTO



Carreras de bicicletas de la Copa Esperanto.—Ejercicios de la Comisión Provincial de la Cruz Roja en la plaza de Armas del Parque.— Primeros Juegos Florales esperantistas celebrados en el salón de la Lonja.— Los esperantistas depositando ramos de flores en el monumento de Aribau. (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

BARCELONA.—FIESTAS ESPERANTISTAS

Entre los festejos celebrados con motivo del V Congreso Internacional de Esperanto, merecen citarse los ejercicios de la Comisión Provincial de la Cruz Roja, las carreras de motocicletas y bicicletas y los Juegos Florales esperantistas.

Los ejercicios de la Cruz Roja, efectuados en la Plaza de Armas del Parque, pusieron en evidencia las ventajas del idioma del Dr. Zamenhof, ya que por medio de éste se entendieron perfectamente los supuestos heridos con los enfermeros y médicos, y se realizaron con precisión admirable todas las operaciones de campo, á pesar de intervenir en ellas personas de las más diversas nacionalidades. El espectáculo resultó tan interesante como pintoresco, y una vez terminado, el Dr. Zamenhof, el Sr. Pujulá y gran número de esperantistas se dirigieron al monumento de Aribau á tributar el homenaje acordado al catalán ilustre que fervorosamente anunció que una lengua universal vendría á robustecer los lazos de amor universal que han de unir á los hombres. Pronunciaron entusiastas discursos los Sres. Pujulá, Zamenhof y Puig d'Asprer, depositando luego muchos de los concurrentes ramos de flores al pie de la estatua.

En las carreras de bicicletas, organizadas por el Club Deportivo de esta ciudad, disputóse la Copa Esperanto, que fué ganada por el Sr. Magdalena, quien hizo el recorrido de 50 kilómetros en una hora, diez y seis minutos y treinta y cinco segundos.

Pero de todas las fiestas la más importante ha sido sin duda la de los Juegos Florales, por ser la primera de este género que han celebrado los esperantistas.

El acto tuvo lugar en el salón de la Lonja, fué presidido por el Dr. Zamenhof y por el alcalde accidental Sr. Layret, y

á él asistieron representantes de las autoridades y corporaciones y un público numerosísimo.

Después del discurso del mantenedor Sr. Bourlet, abrióse el pliego que contenía el nombre del autor premiado con la flor natural, que resultó ser la señora Hankel, de Dresde, la cual se designó á sí misma como reina de la fiesta.

No teniendo espacio para una reseña minuciosa, diremos solamente que obtuvieron los demás premios los Sres. Privat, Bicknell, Chavet, Dalmau, Inglada y otros de diferentes nacionalidades, cuyos nombres, al ser proclamados, fueron acogidos con grandes aplausos, y que la fiesta comenzó y terminó entonando todos los concurrentes el himno *La Espero*, que fué acompañado por la banda municipal.

so público, los primeros ensayos del aeroplano ideado por el ingeniero valenciano Sr. Olivert.

A las seis de la tarde fué sacado el aparato de su cobertizo y llevado al campamento, en donde se hicieron las pruebas del motor, recorriendo aquél un centenar de metros; pero al dar una vuelta, la rueda derecha chocó contra la margen de una acequia, rompiéndose la ballesta de una aleta y siendo, por consiguiente, preciso dar por terminados los ensayos.

El Sr. Olivert ha hecho á un periodista las siguientes manifestaciones sobre esta primera prueba:

«Hice la segunda arrancada con ánimo de volar, después de haber comprobado que el motor funcionaba bien y que el timón obedecía. Me proponía llegar á la pendiente, lanzándome

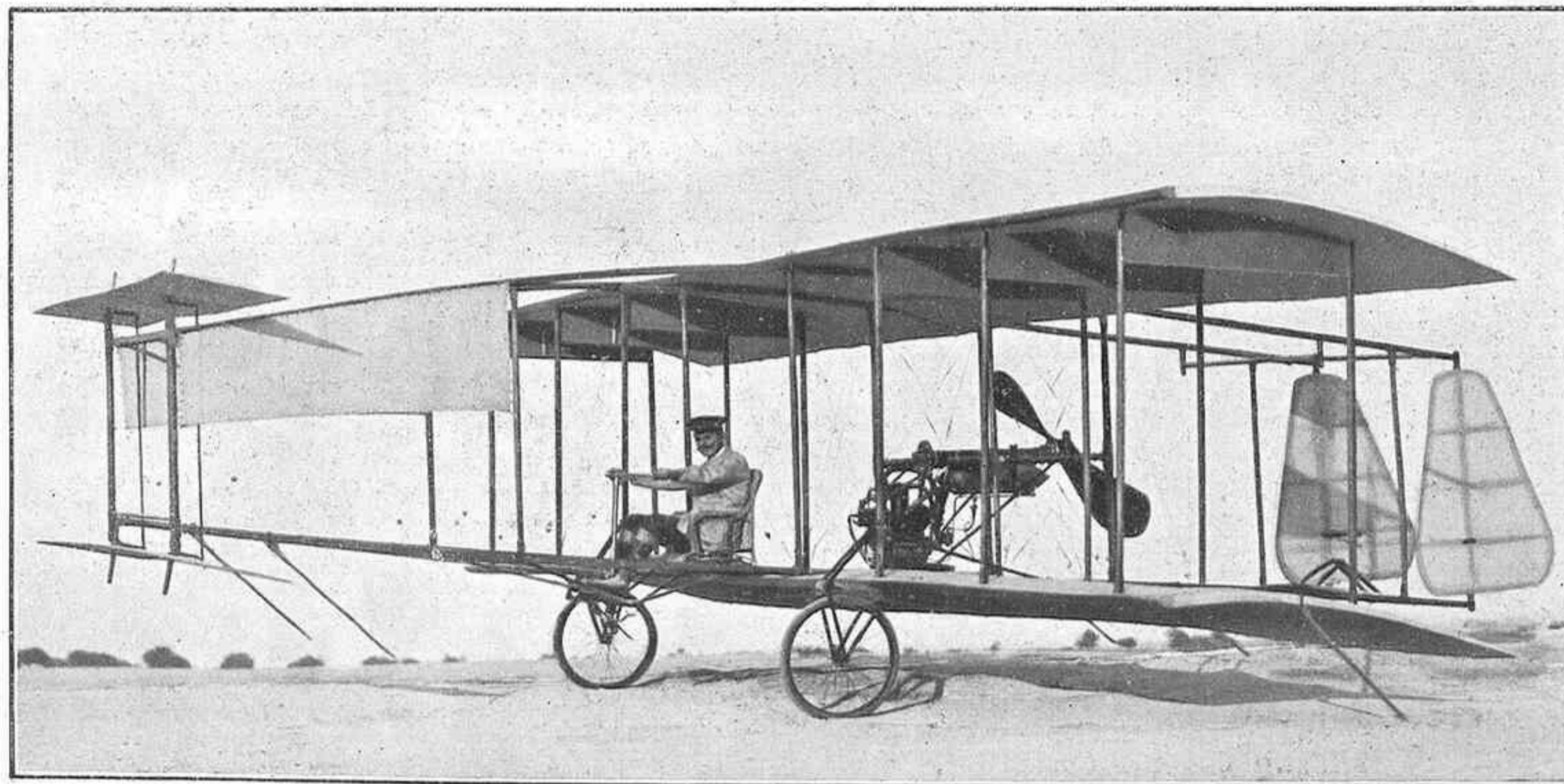
al espacio, para realizar una prueba, si no decisiva, por lo menos capaz de satisfacerme.

»Llevaba el aparato con una marcha de 60 kilómetros por hora; desarrollaba la hélice 750 revoluciones por minuto, y el motor, aunque sólo de 25 caballos, tenía un desarrollo mayor, que me bastaba para volar; pudiendo asegurar que cuando el número de revoluciones de la hélice llegue á 1.000, podré llevar á un compañero en el aparato.

»Llevaba inclinado el timón, y cuando corrí un centenar de metros advertí que la rueda pequeña de detrás había perdido tierra; abrí el timón de la deriva, levantando las ruedas de delante, y quedé en el aire, dejando de sentir la trepidación que hace vibrar el aparato si marcha sobre tierra.

»Había andado 20 ó 30 metros, no puedo precisar á qué altura, pero para el caso es igual, é intenté entonces buscar una pen-

diente para lanzarme al espacio, huyendo á la vez de una barrera formada por algarrobos y por el grupo que constituía el público que presenciaba las experiencias. Al iniciar la vuelta, la rueda derecha chocó con la margen de la acequia.»



Valencia.— El aeroplano del ingeniero Sr. Olivert, ensayado recientemente en el campamento de Paterna. (De fotografía de V. Barberá.)

EL AEROPLANO OLIVERT

Hace pocos días se efectuaron en el campamento de Paterna (Valencia) y ante las autoridades, varios ingenieros y numero-

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pedro contestó:

—Singulares lacayos... ¡Si usted los viera!.. Clemente Faulque se parece á usted físicamente, papá, y de una manera sorprendente; tiene el mismo aire, las mismas facciones, la misma mirada... Cualquiera diría que es un Guibray..., á menos que, viéndole á usted, le tomen por un Foulque.

—¡Hombre!, exclamó Gilberto casi humillado.

La baronesa interrumpió sonriendo:

—Podrían suponerse, imaginarse cosas...

Pero no dijo más. Sin duda pensaba en la eterna confusión de razas, imaginándose remotas y vagas posibilidades.

Estas posibilidades el mismo Pedro las había admitido, en ratos de investigación sentimental.

Miró á su madre con afectuosa atención, contento de ver que sobre aquella extraña materia, sus mutuos pensamientos coincidían.

Valeria no era una mujer vulgar. Su padre, Aniceto Brussane, fué una gloria francesa; químico y fisiólogo, sabio continuamente en busca de la penetración de los misterios más capaces de turbar el espíritu, estudió profundamente todo lo encaminado al conocimiento del hombre. Ocupóse con ahinco de anatomía y patología, pero también se aplicó á la psicología experimental; nunca negó nada, esperando pruebas y diciendo «¿por qué no?» ante las concepciones más audaces; ningún fenómeno vital le era desconocido, y le interesaba todo lo relativo á las manifestaciones exteriores.

Por medio de su ciencia llegó fatalmente á conclusiones generales de igualdad, basadas sobre la poca importancia de la criatura ante el número y la duración; fué democrata, juzgando á los hombres de muy alto

para no verlos á todos al mismo nivel. Y si Aniceto dió su hija á un barón de Guibray fué porque el amor de ambos jóvenes lo había convertido; fué porque quería ardientemente á su hija, sin fuerza ni valor para contrariarla; fué porque juzgaba la ilustración intelectual y personal superior á la gloria de las antiguas familias cuyos fundadores merecieron quizá alguna estimación mil años atrás; fué también porque Guibray, en aquella época, parecía ser y era quizá de esta misma opinión y se inclinaba muy res-

petuosamente lo mismo ante el padre que ante la hija.... Títulos aparte, Brussane se consideraba además, en virtud de su riqueza, que era considera-

las réplicas de la vida para enderezar aquel espíritu contrahecho.

Los acontecimientos probaban ahora que tuvo razón, y se alegraba profundamente, comprendiendo á las primeras palabras que Pedro había cambiado ya, en marcha hacia lo verdadero y lo justo y el renunciamiento á las vanidades primeras.

Durante la comida, en la atmósfera de intimidad familiar, Pedro se entregó poco á poco, reveló sus rencores y sus decepciones, y descubrió, aunque sólo en parte, los repliegues de su alma, en que dormía (así lo creía él) un secreto doloroso que quería guardar.

Contestando á preguntas apremiantes, refirió ordenadamente por fechas la historia de aquellas doce semanas pasadas, con sorpresas y asombros sucesivos, en aquel país tan poco reconquistado.

Contó desde luego el encanto y emoción del viaje al reconocer los paisajes tantas veces descritos tiempo atrás por el tío Jaime, narrador febril, cuya memoria atávica ó personal (porque era de creer que debió visitar á menudo, en misteriosas peregrinaciones, aquella tierra de abuelos venerados) había sido siempre prodigiosamente fiel. Con tan seguro guía no era posible extraviarse.

Pedro detalló las impresiones del primer día: el río admirable en su eternidad; las colinas invariables, majestuosas, soberanas, llenando el horizonte; la primera aparición de la ruina solariega, dominando y humillando la colina.

No olvidó su paso inopinado por el granero de la sal; pero omitió, sin duda de intento, la visión de la barca deslizándose sobre el río y la aparición blanca del alfolí.

Ambas pertenecían á los repliegues reservados de su corazón.

Extendióse sobre su llegada al viejo castillo, después de la amargura de haber tenido que contemplar la riqueza y orgullo del castillo nuevo, y allí, en su casa, ¡qué miseria, qué desastre, aumentados y acentuados por la opulencia de la odiosa vecindad!

Describió el cuadro de sus viejos servidores; Medardo y Ursula, abnegados y abatidos, esperándole solitos á la puerta del antiguo caserón. ¡Extraña bienvenida, irónico celo de los últimos vasallos voluntarios!



La mañana en que pudo sentarse en un sillón, la casa estuvo de fiesta

ble, al nivel, cuando menos, de un barón casi pobre.

Nacida de tal padre, fina y hermosa aún á los cuarenta y cinco años, graciosa en su juventud persistente, con el ligero velo de las recientes abdicaciones, noblemente consentidas, Valeria guardaba, por su parte, una grande amplitud de ideas y un perfecto desprecio de las condiciones sociales.

La influencia del tío Jaime (del «Fósil,» como ella le llamaba) sobre su hijo, la había inquietado y preocupado mucho; pero contó con los accidentes, con

Y su paseo lúgubre á través de las salas desmanteladas, sus encuentros con el pasado, sus descubrimientos sucesivos: la cuna, las espadas, los vestidos ajados de las abuelas, conservando un perfume...

La baronesa Valeria le interrumpió con los ojos brillantes:

—¡Pero eso no era, no podía ser fastidioso!.. Vanidad aparte, el interés arcaico era grandísimo.

—Es verdad, contestó el joven; pasé horas muy entretenidas, pero á la larga...

Y volvió á lamentarse de su pasado aburrimiento en el silencio de las soledades.

De Bertilla, ni una palabra; por pudor de alma, la suprimía. Sus padres no debían conocerla nunca, pensaba él; entonces, ¿qué revelarla?

Continuó, explicó su vida material, sus paseos por el río, sus horas de pesca, sus batidas por los bosques en compañía de Brice, á quien idealizaba, por cierto remordimiento de haberlo soportado.

Por fin llegó á la sala del Archivo.

En este momento, el barón Gilberto prestó toda su atención.

—¡Ajá! Ese es el punto principal. Eres un buen narrador; reservas las escenas palpitantes para lo último. ¿Está intacto nuestro Archivo?.. Cuenta, cuenta pronto...; estoy impaciente por saber...; eso es el todo...

El barón Gilberto, á pesar de ser un político fluctuante y acomodaticio, se alzaba más realista que nunca á un soplo de orgullo exhalado de ultratumba. Su sangre azul hervía en la expectación de las bellas cosas que debían decirse.

En contestación, Pedro arqueó las cejas y replicó en un tono desprovisto de entusiasmo:

—¡Ah, papá, no se precipite! Ciertamente es que en la ascendencia no faltan glorias, hechos de armas, nobles aventuras, piadosas demostraciones...; pero en torno de esos brillos, ¡qué de tinieblas mal disipadas!.. Algunas luminarias en medio de una noche de invierno, y nada más.

Y remontando el curso de sus recuerdos, recitó los textos de las genealogías.

De vez en cuando, su padre le detenía, diciendo:

—¡Sí, eso yo ya lo sabía...; adelante!..

Pedro impresionó á su íntimo auditorio con la hermosa leyenda de la capilla *La Deseada*. La misma Valeria, á pesar de su desdén por los antiguos linajes, aplaudió á la baronesa Ana de Guibray contando sus hijos en lo alto de la colina y muriendo de la alegría de verlos á todos vivos.

Momentos después aprobó á Catalina sosteniendo el sitio y resistiendo, primero detrás de sus muros y luego detrás de su virtud, las empresas guerreras ó amorosas del rey Enrique de Navarra y de Francia.

—Son las mujeres las que más valen en vuestra raza, dijo Valeria.

—Ciertamente. No hay duda, exclamaron á un tiempo Gilberto y Pedro sonriendo de satisfacción al oír el apóstrofe de la baronesa; y ésta se rió á su vez, confesando su vanidad ingenua.

La escena familiar era de una dulzura penetrante, y el pobre joven, después de meses de exclusión, comprendía mejor el encanto de aquella deliciosa intimidad. En seguida continuó:

—Sí, pero al lado de esas figuras serenas y luminosas, ¡qué de rostros ceñudos, en el gesto cruel, de hombres cubiertos de armaduras, devastadores y verdugos, verdaderos bandidos, capitanes feroces, teñidos generales oprimiendo su distrito, explotando al campesino y robándole sus pobres bienes! ¡Qué de horrores y vergüenzas á las claras, seguras de la impunidad!

Gilberto bajaba la cabeza, profiriendo breves exclamaciones de sorpresa, secretamente disgustado de aquellas revelaciones.

Su hijo no era sospechoso; todo lo contrario. Lo que él anunciaba no podía ponerse en duda; puesto que había marchado lleno de vanidades nobiliarias, infatuado en su raza; y allí donde él se declaraba simplemente desilusionado, otros se hubiesen mostrado llenos de horror.

Pedro siguió explicando sus investigaciones, que adquirían ahora, en sus labios, las proporciones de una sombría acusación.

Con su persistente estremecimiento de terror, comentó la vida de Matías de Guibray, el astrólogo, alquimista y quién sabe que otras cosas más, envenenador inclusive tal vez.

A este nombre, el barón había levantado la cabeza.

—¡O! De ese no hablarás mal, ¿no es cierto? Fué un espíritu extraordinario, que se adelantó á su época; un sabio, Valeria, en sus tiempos de ignorancia, y al mismo tiempo un gran señor... Ya verá usted; es una bella página de nuestro libro que va á consolarlos. Anda, Pedro, sigue.

—Aguarde usted, contestó el joven enigmático.

No se apresure usted tanto á glorificarlo. Ese fué complejo; si en ocasiones fué grande, en otras fué pequeño y criminal, creo yo...

—¡Oh!, exclamó el barón descorazonado; todo se desmorona á tu voz... Mejor hubiera sido que no te hubieses movido de nuestro lado.

—No, dijo Valeria con seriedad; ha aprendido á vivir, ha visto que lo que parece inmenso y soberbio de lejos, se empequeñece y deforma al análisis minucioso; no ha perdido sus tres meses, no.

—Empecemos por el lado bueno, dijo Pedro, y luego veremos el malo, para concluir por los aspectos extraños, sobrehumanos, desconcertadores, verdaderamente cabalísticos... Juro á ustedes que van á asombrarse, y con razón.

Refirió cómo aquel Matías que hacía frente á Luis XIV y le dirigía frases lapidarias; que se había apasionado por las artes, las letras y la ciencia en una época en que sus iguales apenas sabían firmar, resultaba sospechoso, si no convicto, por el simple análisis, de haber envenenado á sus dos tíos y á su cuñado á fin de heredar en paz sus títulos, dominios, dotaciones y privilegios.

Gilberto dió otro respingo, herido en sus más caras creencias. Pero la curiosidad detuvo pronto sus manifestaciones cuando el joven anunció el libro de los Horóscopos.

Valeria miró también á su hijo en los ojos, profundamente impresionada por todo lo que tocaba al trágico ocultismo.

Y cuando con voz breve, estridente, seca, sacudida también por la emoción, Pedro recitó las fórmulas aprendidas de memoria, en que el prodigioso vidente, el incomparable abuelo, en sus visiones diabólicas, había predicho el porvenir de su raza y señalado á cada uno su papel en los días venideros. Al reconocer que, en cada vaticinio, había acertado, al menos en las grandes líneas; que había anunciado la muerte de los reyes y el derrumbamiento de un mundo, el barón y su esposa, muy pálidos, creyendo soñar, se miraban entre sí, helados á su vez por el contacto súbito de los absurdos fantasmas, que habían tomado cuerpo y se afirmaban reales, para espanto de la razón y negación de las doctrinas.

Quisieron dudar, hicieron vagas objeciones; Pedro replicó con citas directas, con afirmaciones perentorias. No se apartaba de lo que había leído; no repetía más que pensamientos escritos, y no admitía que se hubiese podido equivocar.

Dando un cómico ejemplo de vanidad humana, el barón Gilberto, á pesar de su dominante emoción, se formalizó de que no se le hubiese dedicado personalmente ni una línea en las profecías del barón astrólogo.

Si éste le hubiese señalado papel en su historia póstuma, un buen papel sobre todo, no hubiera vacilado un momento en proclamar su clarividencia y su lucidez. Omitido en la nomenclatura, se resistía un poco. Sin embargo, todo aquello resultaba muy extraordinario.

El barón murmuró, casi de mal humor:

—¡Qué suerte tienes tú! Anuncian tu venida con dos siglos de anticipación... Levantas la casa... Pero, muchacho, busca si quieres los bastardos de Guibray; perderás el tiempo. Nunca oí hablar de tales parientes, y estoy convencido de que no existen. El astrólogo, esta vez, se equivocó de estrellas y vió la luna en pleno día.

Valeria estaba pensativa. Preguntábase, si su padre viviese, cómo juzgaría aquellas cosas sorprendentes, cómo las explicaría.

Pedro describió después lo que había sido Guisano el Gabela, sin contemplación alguna.

Era un cuadro sombrío sin un destello de luz; Guisano, único, feroz, ladrón, asesino, con apariencias—¡qué oprobio!—con apariencias de justiciero.

La aventura de Roque Faulque era una infamia, pero parecida á muchas otras. Guisano era la mancha de sangre más grande del blasón de Guibray, y Guisano merecía que todos renegasen de él.

Esta vez el joven había hablado con una pasión creciente, con una inconsciente alegría íntima de explicar y excusar, si era posible, el rencor de los Faulque por su propio origen.

Al expresarse así, saludaba de lejos á Bertilla, la enemiga que ocupaba enteramente su corazón.

Cuando hubo terminado con frases de veredicto implacable, Valeria, apartando con un gesto sus reflexiones tristes, pronunció:

—Ahora hay que sacar la conclusión.

—Sí, ¿qué deduces de todo eso?, preguntó á su hijo el barón, arrancándose también á sus pensamientos confusos.

—Deduzco, contestó Pedro, que durante diez siglos nuestra raza oprimió á su país, hizo reinar el terror, la miseria y el hambre sobre los siervos ate-

rrados. Nuestros padres robaron y mataron en todas partes. Algunos de ellos, sin embargo, fueron dignos de memoria por ciertas virtudes, las virtudes militares, la bravura y la audacia. Pero, aun de estos, ninguno es indemne, ninguno está exento de tara. Y si comparamos la suma de las virtudes con la suma de los crímenes, el resultado no es para enorgullecernos. Las razas antiguas, cuya historia es conocida, representan exactamente la fórmula de la humanidad; y pienso que no es nuevo ni exagerado decir que el mal domina en el conjunto y supera en los balances. Dichosos los hombres de orígenes oscuros, los recientes de la vida... Si carecen de glorias discutibles, éstos no tienen remordimientos justificados.

—¡Tú te has vuelto demócrata!, exclamó casi con júbilo la baronesa.

—¿Yo?, replicó Pedro asombrado; creo ser justo y nada más.

—¡Ah, si el tío Jaime pudiese oírte, replicó Gilberto, qué confusión y descontento experimentarías! Has cambiado de alma, muchacho. Te fuiste con Luis XIV y vuelves con Dantón.

—¿Por qué no con Robespierre?, replicó el joven.

—¡Oh, allá se van!, añadió el barón.

Luego repuso:

—¿Entonces no has continuado hasta el fin tus investigaciones? ¿Has hecho caso omiso de la Revolución, de Carlos de Guibray, el mártir? Mal hecho; tus nuevas opiniones hubieran podido dar en tierra al tropezar con esta historia.

—Es verdad, dijo el muchacho; pero ya estaba cansado y me faltó valor para ir más adelante. Estaba harto de tristeza, saturado de crimen y de odio. Y dejé á los muertos para tratar de vivir.

—Has hecho bien, juzgó Valeria; todo era lamentable en ese remoto pasado; el primer deber de un joven consiste en ser de su época.

Por la noche, á solas con su mujer, Gilberto decía:

—Estoy estupefacto; este muchacho no es el mismo; todo ha marchado al revés del buen sentido y de las previsiones racionales. Esta conversión ha sido muy rápida.

—¡Bah! No lo ha dicho todo, repuso la baronesa.

—¡Cómo! ¿Qué supones?..

—Lo que es de suponer. Ya sabes que Clemente Faulque tiene una hija..

—¡Oh, oh!..

—Y es probable que sea bonita... ¿Comprendes ahora?

—¡Toma, toma!.. ¿Crees tú?..

—No creo, estoy segura. Sólo el amor puede operar semejante milagro...

Vuelto á París, Pedro se juró olvidar lo que pretendía que sólo debía ser un incidente sin consecuencias en su vida.

Y procuró que así fuese.

Hasta entonces había llevado una existencia sedentaria, de recogimiento y de estudio, en medio de sus libros de historia.

De pronto olvidó sus antiguas costumbres por demasiado propicias á la meditación, porque no quería meditar, previendo cuál sería el color de sus sueños.

Durante el invierno que siguió á su regreso, entregóse al género de vida de los jóvenes de su edad, ligeros de cascos y secos de corazón.

Tuvo las aventuras que cualquier otro hubiera tenido en el mismo caso y en las mismas ocasiones, y no encontró en ellas pena ni gloria, pero ocupó sus días y sus noches y ahogó sus sentimientos.

Conoció los amores fáciles, y satisfizo su vanidad natural, sin tomar nada en serio.

A pesar de todo, Bertilla se alejaba de su mente. Pedro ya sólo pensaba en ella al día siguiente de haber estado de fiesta, cuando el malestar y el hastío le retenían en su casa, á solas con su conciencia.

Pero tan pronto se había calmado el hervor de la sangre, rechazaba aquel yugo moral de que se avergonzaba como de un oprobio y de una cobardía.

Era amigo acérrimo de la independencia; en sus contactos diarios, olvidaba algo mejor sus primeros principios de superioridad nativa, sus preocupaciones de raza.

Frecuentaba jóvenes ricos que carecían de noble ascendencia y no lo ocultaban, y que á pesar de su innegable origen plebeyo, eran tan elegantes como él y tan bien recibidos; hablaban tan alto y se movían en su esfera con tanta desenvoltura como él.

Pedro iba olvidando cada vez más las lecciones del tío Jaime, que cada día le parecían más ridículas; y llegó á no comprender cómo había podido pasar meses y meses, imbuído en quimeras, en aquel pueblo maldito que llevaba su nombre.

Cuando evocaba aquellos días perdidos y recordaba su intimidad cotidiana con Brice, se sentía humillado.

Y por una deducción lógica, se confesaba que su persecución de grandezas imposibles no había hecho más que llevarlo a promiscuidades dudosas, al desdoro seguro de su personaje equívoco. El resultado de aquellas hermosas tentativas era triste.

Irritado, apartaba también esos fantasmas más próximos, y á veces, con el objeto de fortalecer una decisión insegura, se aseguraba á sí mismo que «todo había concluido definitivamente... que nunca volvería allí.»

Y aquel allí tan próximo, del cual apenas le separaban tres cuartos de hora de ferrocarril y una hora de coche, retrocedía ahora en su juicio á distancias incalculables.

A medida que transcurrían las semanas, el viejo castillo y su archivo, las tierras de Guibray, el río magnífico, no se le aparecían ya sino como un vago panorama envuelto en una bruma de mortal fastidio.

Sólo los recordaba para renegar de ellos. ¡Cómo se había aburrido en aquel espantoso desierto! De todo aquello nada le interesaba ya, y respecto á tal asunto creía ciertamente su sensibilidad bien muerta.

Pedro se convertía en un joven como los demás.

Una noche, Gilberto dijo á Valeria:
—Amiga mía, confiesa que te equivocaste; nuestro hijo no tiene trazas de un enamorado en desgracia. Está entregado á la vida alegre y me parece que no echa nada de menos ni le atormenta ningún pesar.

La baronesa se encogió de hombros y replicó:

—Es extraño que los hombres no sepan ver claro. Repito que Pedro guarda un secreto en el corazón, y que ese secreto es sin duda doloroso. Se aturde como puede, combate con cualquier clase de armas; y ese es precisamente el motivo de su disipación. Todo lo de su papel actual es ficticio; y no sé si debemos desear que logre hacerlo real, porque hemos de confesar que su nuevo género de existencia y sus nuevas maneras no son precisamente admirables. Esperemos; si cura de su mal, lo confesará; si no cura, tendremos que intervenir forzosamente en los acontecimientos que deberán sobrevenir; de todos modos, nos enteraremos. Por ahora, marcha al revés de sus verdaderos sentimientos.

—Es el contrapeso, replicó el barón; además, se aburriría tanto en Guibray, que es muy natural que se divierta en París.

—¿Estás seguro de que se divierte?

—Hace todo lo necesario para ello.

—No es una razón, pronunció Valeria. Con la primavera volveremos á ver venir las tristezas. Cuando retoñen los árboles de Guibray, Pedro se acordará de ese país actualmente maldito como de un paraíso perdido. El invierno lo entumece todo; ya veremos cuando despierten las flores.

Mientras tanto Pedro, obstinado en sus empeños, seguía matando en sí mismo los últimos recuerdos y las últimas añoranzas.

Poco tiempo después no vaciló en proclamar su victoria; cuando se interrogaba, lo que aún hacía de vez en cuando, desafiaba al pasado con insolencia; pero no se daba cuenta de que cuando preguntaba su corazón, era su espíritu el que respondía.

En realidad, para ensordecér á su alma gastaba su cuerpo, extenuaba su carne; poco á poco, la robusta salud con que había vuelto del campo cedía á las fatigas y á las exasperaciones cotidianas.

Volvióse el pálido joven flacucho y descolorido de las antiguas familias, el parisiense de manos demasiado blancas y de grandes ojos rodeados de un cerco revelador de grandes fatigas.

A pesar de los consejos de los médicos y de las súplicas de sus padres, el joven no quiso renunciar á su vida disipada, desmintiendo súbitamente sus recientes afirmaciones de cura moral; asustado á la idea de encerrarse en su casa, en un cuarto silencioso, cerrado al mundo, pero abierto á todos los espectros perseguidores.

Una noche de marzo, poco antes de rayar el alba, retiróse á su casa con un temblor febril; tuvo apenas fuerza para acostarse; cayó como una masa en la cama y se declaró vencido.

Con la fiebre empezaron las pesadillas y el delirio. Fué la obsesión de una mezcla insensata de apariciones sucesivas y una divagación continua.

Cuando á la mañana siguiente sus padres, advertidos por una criada, acudieron á su lado, asustaron se en presencia de la intensidad de la crisis. En pocas horas el mal, después de haber germinado largo tiempo, había estallado con violencia; y parecía ya grave el estado del pobre joven, que hasta la víspera se había obstinado en entregarse locamente á sus placeres dudosos.

Valeria y Gilberto se instalaron á la cabecera de su hijo, abatidos, tristes, reprochándose el no haber sabido detenerle á tiempo en su vía perniciosa.

Los médicos llamados á visitarle sacudieron la cabeza, no ocultando la gravedad del caso. Creció la ansiedad en torno del enfermo, y empezaron tristes días.

Patricios ó plebeyos, cuando marido y mujer ven á su hijo sufrir, respiran con fatiga, entornan los ojos, todos concentran su supremo interés en el enfermo, que es para ellos el *Ser único*, cuya respiración observan con palpitante ansiedad. En semejante ocasión, tan pobres son los grandes y opulentos como los humildes y faltos de fortuna, porque si el hijo muere, resultará en la casa, rica ó miserable, un vacío imposible de llenar y un duelo inolvidable.

—Fatiga desenfadada, fiebre cerebral..., anemia inquietante...

Tales eran las palabras pronunciadas. Pedro, despojado de fingimiento, en su inconsciencia, revelaba sus secretos en las horas de delirio. A la cabecera de su cama, sus padres recogían sus confesiones arrancadas por la fiebre.

La primera vez que gritó, como un doloroso llamamiento, el nombre de Bertilla, Valeria miró á Gilberto, que se inclinó. La baronesa tenía razón.

«¡Bertilla!..»
Este nombre fué el estribillo de sus locas improvisaciones, la repetición constante de sus discursos incoherentes.

«¡Bertilla! ¡Bertilla! ¡Bertilla!»

—¡Quiera Dios que sea digna de semejante pasión!, dijo la baronesa; si cura, los casaremos... No admito obstáculos...

—¡Una Faulque!, replicó Gilberto dando un respingo. No lo pienses.

—Sí, sí, *si cura*..., yo no admito obstáculos, repitió Valeria, *si cura*...

Acentuaba estas palabras con una entonación tan desesperada, que su marido, recayendo en su angustia y juzgando el poco peso de las querellas antiguas ante el peligro presente, asintió con un gesto:

—Como quieras... Por lo pronto, la cuestión es salvarlo...

Entonces, en un súbito cambio de ánimo, Valeria exclamó con ardiente fe:

—¡Le salvaremos!

Su existencia quedó circunscrita en torno de la blanca almohada en que se hundía la cabeza pálida del enfermo, marcada con sangre viva en las mejillas. Perdieron la noción del tiempo, midiendo sólo los días por las alternativas de mejoría y agravación, sin cesar renovadas.

Las noches sobre todo eran espantosas. Hubiérase dicho que con las tinieblas las visiones del enfermo se hacían más trágicas.

En la pálida claridad de las mañanas y de las tardes de invierno, evocaba en su delirio el río bañado por el sol, las colinas verdeantes, los bosques espesos, la campiña apacible y los bellos encuentros que allí había tenido.

Pero entrada la noche, á la triste claridad de una lámpara velada, llegaba la procesión de los espectros lamentables; remordimientos de mil años pesaban sobre aquel lecho de agonía; los siervos degollados ó ahorcados por sus abuelos, bailaban desesperadamente entre las cortinas de la alcoba, dirigidos por el ahorcado Roque, que arrastraba su cuerda delante del enfermo jadeante, rechazando los fantasmas con los brazos tendidos.

Y sus frases entrecortadas referían su tortura y sus espantos.

¡Qué de veces, en tales momentos, la memoria del tío Jaime fué acusada y condenada por el padre y la madre!

Sin aquel loco orgulloso que había sacrificado el presente y el porvenir á los recuerdos del pasado, su hijo hubiese vivido tranquilamente, sin obsesiones ni penas. Él, el *Ídolo*, era el causante de aquella desdicha; hubiera valido más que viviese como todo el mundo, disipando su dinero á su antojo, en vez de dejar semejante herencia al débil muchacho nervioso, de antemano desconcertado por sus falsas lecciones. ¿Qué importaban el linaje y los antepasados ante el hecho preciso del heredero moribundo y que moría del contacto de aquellas tumbas? La enseñanza del desprecio á los antepasados era dura, como rudo era el llamamiento al único interés de los amores actuales.

La baronesa Valeria, á quien nunca impresionaron las preocupaciones del pasado, y el barón Gilberto, cuyas convicciones nobiliarias ya hacían amplias concesiones antes de la prueba, maldecían aquel fárrago histórico, aquellos vanos sueños de renacimiento y resurrección, cuyas consecuencias eran lamentables.

Las últimas fuerzas del pálido joven disminuían sensiblemente.

Después de sus noches de demencia, pasaba las mañanas y las tardes en el entorpecimiento y la prostración y en el sopor que suele ser presagio de los fines próximos. Ya no distinguía los rostros amigos, pues un gran velo de sombra lo separaba ya de la vida.

Sin embargo, el corazón aún gritaba: «¡Bertilla!»

La baronesa Valeria de Guibray, educada por un padre demasiado ocupado en el estudio de los hombres para entretenerse en el de los dioses, no había sido nunca una creyente muy acérrima. Se limitaba á no negar. A la cabecera de su hijo extenuado, levantó por primera vez al cielo dos manos sinceras, imploró la ayuda del Invisible, no sintiéndose con fuerza bastante para conjurar la muerte por sí sola.

Gilberto la sorprendió en esta invocación. Bajó la cabeza y quizá en secreto repitió su plegaria.

Con los acontecimientos, las almas se modifican. El hombre, no sabiendo nada, piensa según las horas.

Intervención divina ó consecuencia natural, el hecho es que una mañana Pedro despertó con más lucidez. Hacía tres semanas que luchaba con la muerte. Reconoció á su madre y le sonrió; igualmente reconoció á su padre y le tendió la mano.

Entonces una alegría intensa, inexplicable, manifestada con gritos y llantos, trastornó á aquellos dos seres que habían hecho hasta entonces supremos esfuerzos para no desfallecer.

—¡Hijo mío..., hijo de mi alma..., conque nos ves!.. Háblanos...

Débilmente, él movía la cabeza, contento, asombrado, comprendiendo mal, pero sintiéndose vivir.

Aquel día los médicos desarrugaron el entrecejo y proclamaron que «la crisis había pasado... que el enfermo estaba fuera de peligro, que mediante asiduos cuidados y un régimen severo, dentro de un mes se levantaría...»

Gilberto y Valeria se abrazaron locamente, y por primera y última vez lloraron uno en presencia del otro.

—Tú le creías perdido, ¿verdad?

—Sí... ¿Y tú?

—¡Oh! Yo también.

La casa, reconciliada con la vida, recobró su antigua alegría; y Pedro en su cama, libre de sufrimientos, se entregaba á la dulzura de renacer.

—¡Esta es la verdadera restauración, el retoñar de la raza!, exclamaba Gilberto tan rejuvenecido que parecía tener veinte años menos. ¡Hurra!, gritó haciendo una pirueta en el cuarto de su hijo; el heredero toma un huevo, el heredero bebe leche. ¡Ah, muchacho, qué de ternura nos debes! No puedes imaginarte las desesperaciones que hemos sufrido tu pobre madre y yo.

El joven, achicado por la debilidad, les daba las gracias con un gesto vago todavía y con una mirada de ternura.

Reñan todo el día para recuperar el tiempo perdido, para compensar las lágrimas furtivas, los sollozos ahogados en las vigiliadas fúnebres.

Luego vino abril con tibiezas precoces; la estación era propicia para la convalecencia y Pedro se levantó.

La mañana en que pudo sentarse en un sillón, la casa estuvo de fiesta. Recostado en su asiento, contra una ventana, el pálido joven volvió á trabar conocimiento con la vida exterior, con la actividad de las calles.

Fijaba sus miradas en la avenida animada por el sol, siguiendo curiosamente seres y cosas. El ir y venir de los transeúntes, el movimiento regular de los fiacres y de los tranvías le distrajeran é interesaron largamente.

Entonces comprendió cuán estrechamente unida está el alma humana con todo lo que la rodea y la solidaridad de las diferentes existencias.

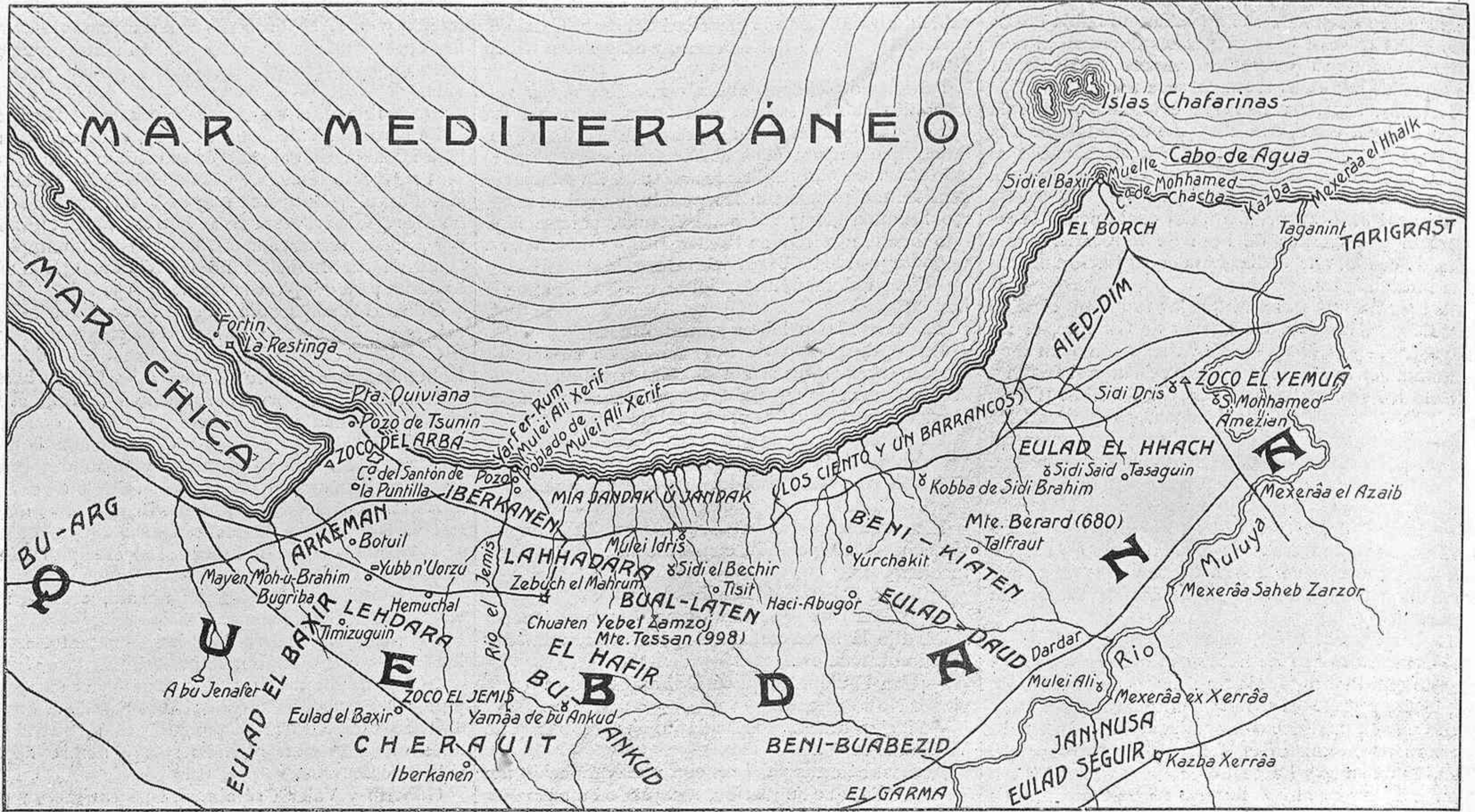
Sus manos pálidas, errantes sobre la manta que le envolvía, se calentaban con placer al sol vivificante que penetraba en ellas.

A cada sensación vital, poco á poco vuelta á encontrar, se extasiaba ante la alegría de vivir; nunca había comprendido mejor la importancia de los pequeños incidentes.

Descontaba ya sus fuerzas recuperadas, hacía proyectos, fijaba fechas á sus esperanzas. En su rostro demacrado, sus ojos más grandes, todavía dramatizados por los recuerdos de las visiones del otro mundo, le prestaban la belleza de los cuerpos gastados por el alma; su debilidad tenía gracias infantiles; se abandonaba enteramente á las manos que le cuidaban, y se abandonaba sin fuerza y sin voluntad en los brazos de su madre que, como en su infancia, le mecía lentamente cuando iba á dormir.

(Se continuará.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA



Mapa parcial de la provincia de Quebdana, en donde se desarrollan las actuales operaciones

El general Aguilera, prosiguiendo sus operaciones para castigar á las cabilas rebeldes, salió el día 7 del campamento de Bu-Dick y llegó hasta Muley Alf Cherif, destruyendo los poblados que encontraba á su paso, especialmente los de Choa y Addara. En Muley Alf Cherif no fué necesario imponer castigos, pues todo el pueblo se presentó con una gran bandera blanca y sacrificó dos toros en señal de sumisión, entregando además algunos fusiles. El caíd Kemsá, uno de los grandes agitadores de aquella región, se ha sometido.

La columna prosiguió, al día siguiente, su avance desde Muley Alf Cherif, estableciendo su campamento en el Zoco El-Jemis y quedando su vanguardia en las inmediaciones del territorio de Tasaguín. Durante aquella marcha no hubo de imponer castigos, ya que en todos los aduares se veían banderas blancas y numerosas comisiones se presentaban al general pidiéndole paz y perdón. Como prenda de la sinceridad de sus amistosas protestas, las tribus de Lahadara, Bu-Alaten y Cherauit entregaron rehenes, que fueron conducidos á la Restinga.

El día 10 lo pasó el general Aguilera en El-Jemis, en donde recibió á los cabileños de Cherauit sometidos á España, quienes hicieron acto de pleitesía sacrificando un toro y entregando cincuenta cabras y otros tantos borregos. En los días 11 y 12 continuó su marcha hacia el Sur, destruyendo las casas de los rebeldes de Cherauit y de Lahadara que

no habían querido someterse, y recibiendo nuevas sumisiones; y el mismo día 12 regresó al Zoco de El Arbá, en donde su

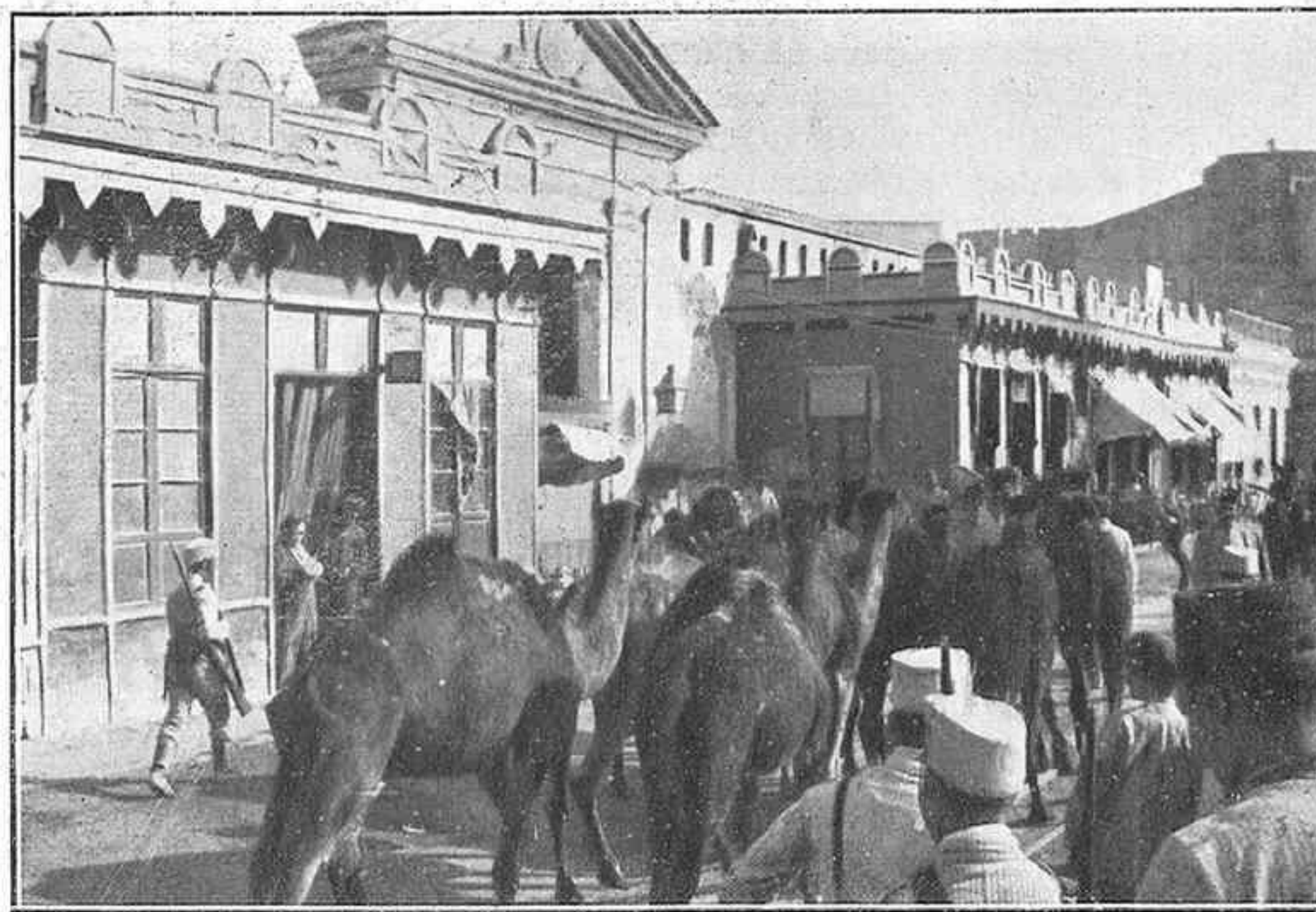
brigada fué revista por el general Marina y en donde se le presentó el 13 una comisión de moros principales de Lahadara, Iberkanen y Zeoanin, que en señal de sumisión degollaron varias vacas y entregaron cien reses de multa.

La columna Larrea salió el 7 á operar en la región de los Beni-Buasi, llegó hasta el Muluya, y después de haber efectuado una batida general por toda la comarca, pernoctó en Sidi Maimón-Bassán. El 8 regresó á Cabo de Agua, dejando enteramente pacificado y bajo la posesión española un extensísimo territorio, y el 9 fué revista por el general Marina. El día 10 efectuó una nueva salida, pernoctando en Muley Idrís, y el 11 prosiguió su marcha hacia Muley Alf Cherif, en donde se juntó con las fuerzas que para apoyar su marcha había enviado desde el campamento del Zoco del Arbá el general Marina; estas fuerzas regresaron al Zoco del Arbá y la columna Larrea pernoctó en Muley Alf Cherif, de donde salió al día siguiente, dirigiéndose á Melilla.

El coronel Larrea y sus tropas entraron en aquella plaza á la una de la tarde, después de un breve descanso en el Hipódromo. La recepción que Melilla hizo al coronel y á sus tropas fué entusiasta.

Las operaciones realizadas por el general Aguilera y el coronel Larrea, que dejamos someramente descritas, han valido á los citados jefes las más calurosas felicitaciones del general Marina.

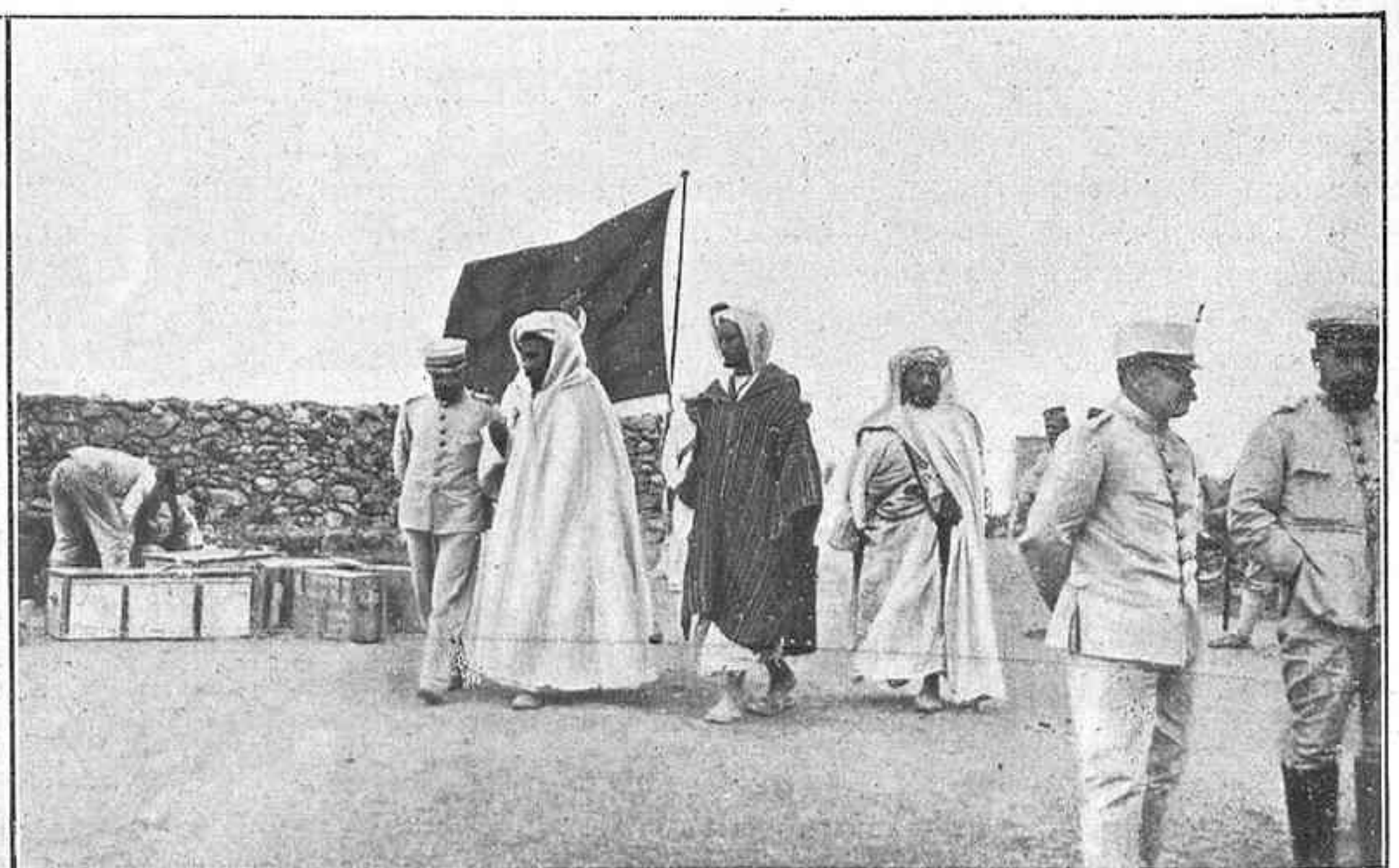
La importancia de estas operaciones se



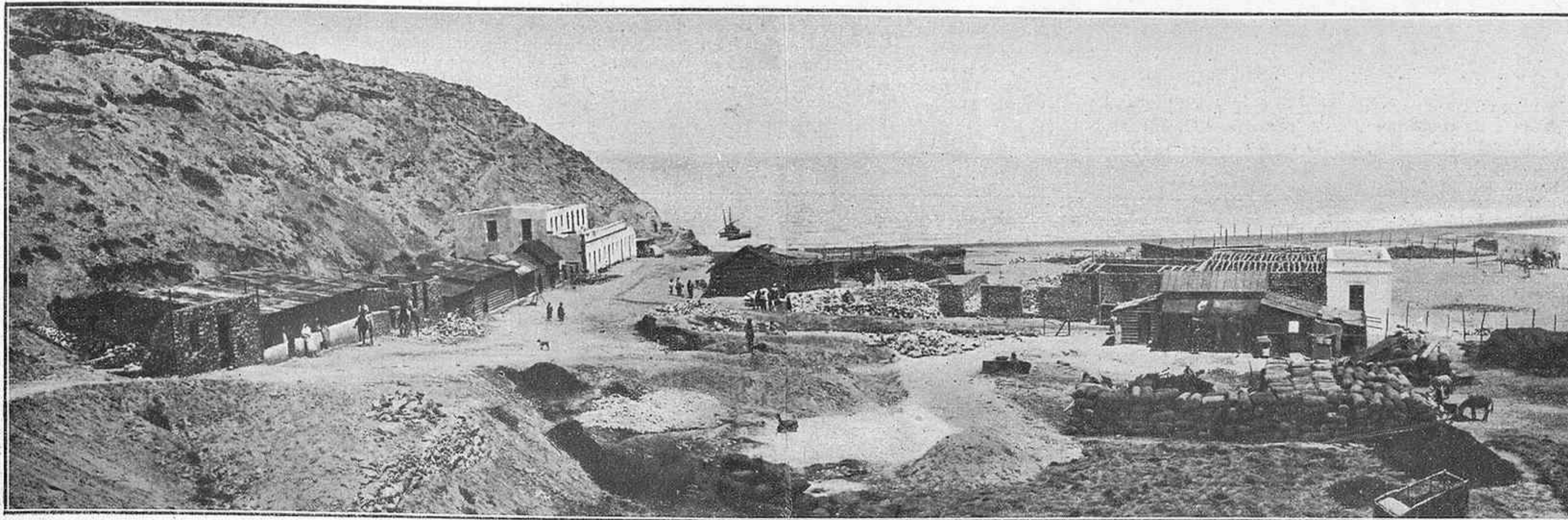
Camellos destinados al servicio de transportes. (De fotografía de Asenjo.)



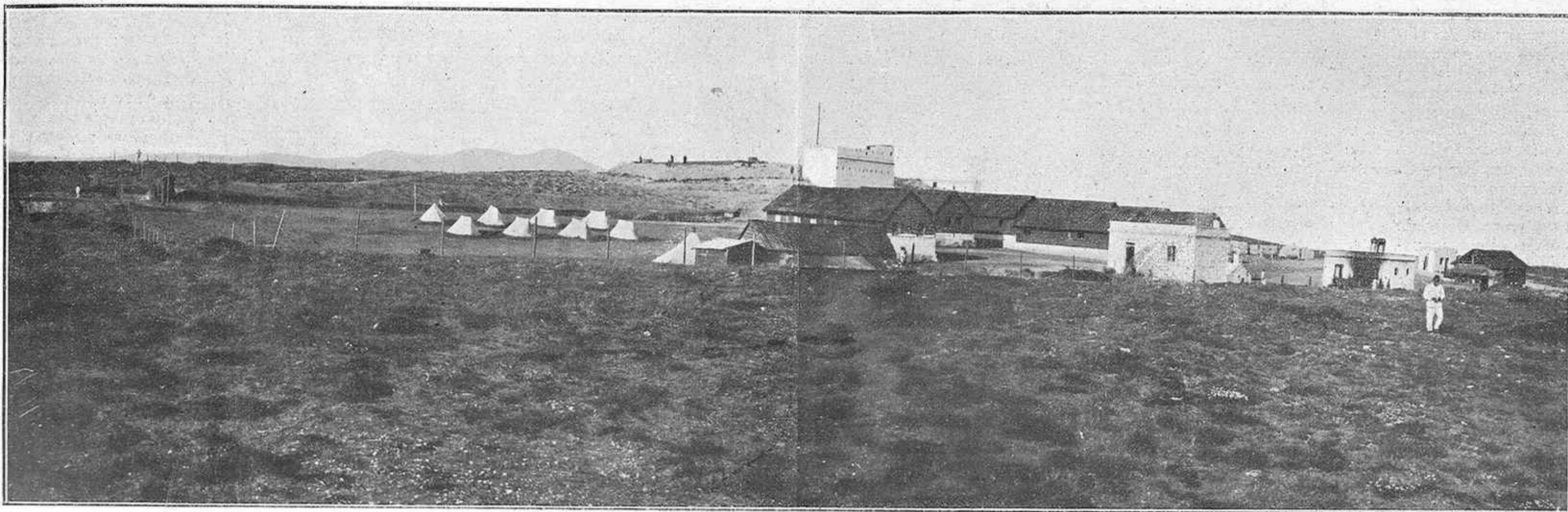
Moros notables de Quebdana dirigiéndose á Melilla para ofrecerse al general Marina



Caíd y moros notables de la cabila de Frajana conversando con los oficiales españoles de una avanzada. (De fotografías de Asenjo.)



Playa de Cabo de Agua y barrio de la Marina. (De fotografía de Lorduy.)



Campamento de Cabo de Agua. (De fotografía de Lorduy.)

comprenderá sólo con decir que gracias á ellas se ha pacificado una buena parte del territorio de Quebdana y ha quedado limpia de enemigos toda la línea de la costa hasta la orilla del Muluya, con la cual se ha logrado tener una excelente base para apoyar el flanco izquierdo del ejército en las sucesivas operaciones de avance hacia Zeluán.

Han desembarcado ya en Melilla las fuerzas que componen la división Sotomayor, las cuales han acampado en las posiciones que hasta ahora ocupaban las de la división Orozco.

Los convoyes de aprovisionamiento continúan siendo hostilizados todos los días; el número de bajas que en ellos causan los rifeños es, sin embargo, insignificante, gracias á que nues-

tra artillería y demás fuerzas que los protegen mantienen al enemigo á respetuosa distancia.

En Alhucemas y en el Peñón prosiguen los tiroteos diarios sin consecuencias para nuestros soldados; no así para los moros, que sufren continuas bajas.

Los cabileños han intentado varias veces sorprender durante la noche nuestros campamentos; pero todas sus tentativas han fracasado y siempre los agresores han tenido que retirarse duramente escarmentados.

Las obras de la bocana de Mar Chica avanzan rápidamente, habiéndose conseguido aumentar el nivel de las aguas lo suficiente para que por ellas puedan navegar algunas lanchas ca-

ñoneras. En la actualidad hay allí un bote de vapor del *Númancia* con un cañón revólver Hotchkiss, un bote automóvil del *Carlos V* y varios botes destinados á carga, y en breve habrá además dos botes de vapor del *Carlos V* con ametralladoras, otros dos del *Princesa de Asturias* con cañones Vickers y Maxim y la lancha *Cartagenera* con una ametralladora Nordenfeldt y un potente reflector.

Dentro de poco quedarán instaladas en el Zoco del Arbá y en otros campamentos máquinas destiladoras que surtirán de agua abundante á nuestras tropas; asegurado de este modo el abastecimiento de agua potable, se facilitarán considerablemente la organización y la marcha de los convoyes. — R.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre Depurativo Vegetal cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpés, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar SOBERANO contra **ASMA** CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias. 30 AÑOS DE BUEN ÉXITO MEDALLAS ORO Y PLATA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el. El más activo y económico, el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, Paris, que envía gratis su curioso librito.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA. Tomo II. Colección ordenada é ilustrada por *Emilio Cotarelo*. - CRÓNICAS DEL GRAN CAPITÁN, por *Antonio Rodríguez Villa*. - LIBROS DE CABALLERÍAS. Segunda parte, por *Adolfo Bonilla Sanmartín*. - La «Nueva Biblioteca de Autores Españoles,» esa importantísima publicación con tanta elevación de miras emprendida y con tan grande éxito realizada en Madrid por los señores Bailly-Baillière é Hijos, bajo la dirección del ilustre polígrafo D. Marcelino Menéndez Pelayo, se ha enriquecido últimamente con esos tres nuevos volúmenes, á cual más interesante y valioso para la historia literaria española. Sentimos que la índole de esta sección y las condiciones especiales de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no nos permitan ocuparnos de ellos con el detenimiento que se merecen; á bien que, tratándose de libros de tal valía, todo elogio es ocioso, pues llevan en sí mismos su mejor alabanza. No podemos, sin embargo, dejar de encomiar el concienzudo y profundísimo trabajo de los compiladores y anotadores, señores: Cotarelo, Rodríguez Villa y Bonilla y San Martín, así como la patriótica labor que con su biblioteca realizan los Sres. Bailly-Baillière é Hijos. Precio de cada tomo 12'50 pts.

CONTES D'UN FILOSOFI, por *Diego Ruiz*.

- Colección de quince cuentos con un prólogo de Juan Maragall. Un tomo de 202 páginas, editado en Barcelona por la Biblioteca «Juventud.» Precio, dos pesetas.

MANUAL PRÁCTICO DEL FUNDIDOR, por *Vilalta y Ubach*. - Obra dedicada á las escuelas de Industrias, Artes y Oficios,

que trata del conocimiento de los metales y sus principales propiedades, de la construcción de modelos, de la elaboración de las primeras materias, del modelaje en sus diferentes aspectos y de la fundición. Un tomo de 466 páginas con numerosos grabados, editado en Barcelona por Francisco Puig. Precio, 10 pesetas.

EL ALMA DEL TUBERCULOSO, por el *Dr. Eduardo Xalá-*

ANUARIO CIENTÍFICO INDUSTRIAL, por *Victor Delfino*. - Un tomo de 1192 páginas en que se estudian ampliamente las más interesantes materias de cosmología, astronomía, meteorología y física terrestre, física, química, historia natural, medicina, fisiología é higiene, agricultura, artes industriales, geografía y geodesia, etc., ilustrado con profusión de grabados y con un prólogo de D. José Comas Solá. Editado en Barcelona, por F. Granada y C.^a Precio, diez pesetas.

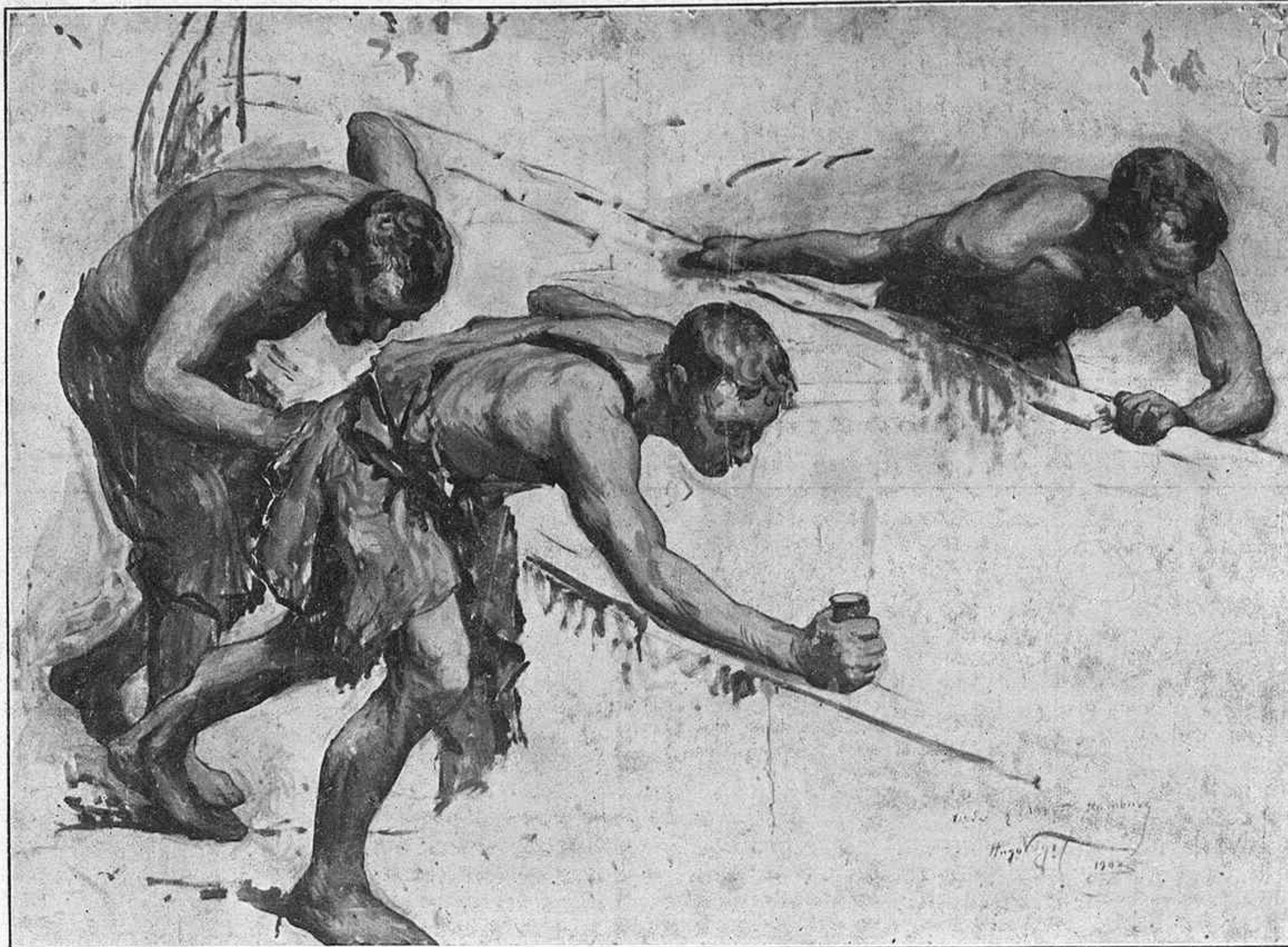
LA VIDA, alegoría poemática, en verso y prosa, por *José Guardiola*. - Un tomo de 52 páginas con algunos dibujos del mismo autor, impreso en Barcelona. Precio, una peseta.

WAGNER. OBRAS TEÓRICAS Y CRÍTICAS. MÚSICA DEL PERVINDRE. L'ART Y LA REVOLUCIÓN. Traducciones de *Joaquín Pena*. - Un tomo de 136 páginas, editado en Barcelona por la «Associació Wagneriana» con un prólogo del traductor y un prefacio del autor. Precio, tres pesetas.

EL NUOVO LECTOR ARGENTINO, por *Ana M. Blasco de Selva*. - Libro de lectura para 4.^o año de acuerdo con los programas de las escuelas comunes de la provincia de Buenos Aires. Un tomo de 228 páginas, ilustrado con varios grabados y editado por los Sres. Sesé y Larrañaga, de La Plata y Buenos Aires.

LA MORAL DEL JOVEN, por el *Dr. Surbled*; versión española por el *Dr. D. José Blanc y Benet*. - Un tomo de 272 páginas, con un prólogo de G. Cayetano Puig, S. J., editado en Barcelona por la librería y tipografía católica. Precio del ejemplar, cuatro pesetas en rústica y cinco elegantemente encuadernado.

Luz, idilio de la huerta de Murcia, por *D. Lope Gisbert*. - Un tomo de 128 páginas que forma parte de la interesante biblioteca «Patria» que con tanto éxito se publica en Madrid (Paseo del Prado, 30, entresuelo). Precio, una peseta.



Estudio para el cuadro «El período prehistórico» que forma parte de las pinturas murales de Hugo Vogel que decoran el salón de la Casa Consistorial de Hamburgo. (Véanse las páginas 620 y 621.)

barder. - Un folleto de 32 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Juan Rosales. Precio, una peseta.

BIBLIOTECA POPULAR DE CORRIENTES. MEMORIA DEL PERÍODO DE 1907-1908. - Un folleto de 30 páginas, impreso en Corrientes (R. Argentina) en la tipografía de B. Pages.

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS RES

JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F.^{ca} G. SÉQUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonneparte, Paris.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Paris

1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y sano

Casa CANDES
165, Rue St-Honoré, 165

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Que han reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN